



EL OBRERO MUNICIPAL

Órgano de la Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid U.G.T.

Año XVI

Madrid, 1 de octubre de 1937

Núm. 164

La paja en el ojo ajeno

Muchos deseos teníamos los trabajadores municipales, desde que empezó el movimiento fascista, y más aún desde el día 7 de noviembre, de que al Ayuntamiento fueran verdaderos representantes de la clase trabajadora. El día en que tomaron posesión de los cargos los actuales consejeros respirábamos con la ilusión de ver bien regidos los intereses del pueblo madrileño y solucionados los nuevos problemas municipales creados por la guerra; en fin, estando representados todos los partidos políticos y las organizaciones sindicales, nuestra tranquilidad era grande.

Nosotros no hemos de crearles ningún conflicto y sí ayudarles en todo, pues, como antifascistas organizados, así lo venimos haciendo desde que empezó la guerra. No se nos ha ocurrido, dándonos cuenta de que los ingresos municipales han quedado reducidos grandemente, pedir aumentos de jornales; nuestra conciencia no nos lo permitía, aunque las necesidades hoy de la vida en Madrid demuestran que los compañeros que cobran cuatro o seis pesetas de jornal no pueden sostener a su familia ni medianamente siquiera. Esto nos movió a hacer una petición al Municipio en diciembre de 1936, la que hubimos de elevar al Gobierno para su aprobación. No quería la organización, ni por lo más remoto, perjudicar a ningún trabajador de categoría alguna; pero ante el caso de humanidad de los que no ganaban ni lo indispensable para mal vivir, hicimos la petición de un jornal mínimo de diez pesetas (conste que la iniciativa fué de la Agrupación, en diciembre de 1936) y una reducción en los sueldos altos, para que de esta forma pudiera remediarse en general la situación sin elevar los gastos del Ayuntamiento. No se nos concedió, y hubimos, una vez más, de resignarnos; pero ¡oh desilusión de la vida!, ¡cuántos desengaños se sufren!

Pues así ha sido, y si tú quieres, lector, imagina, mientras lees estas líneas, suponiéndote que asistes invisiblemente a las reuniones del Municipio, para que te puedas dar cuenta de estos acuerdos tan peregrinos.

Se constituye el Consejo municipal y, seguidamente, elige al compañero que ha de presidirle, recayendo la designación en el que conoce mejor los problemas del Ayuntamiento, por sus muchos años vividos de concejal; después se nombran las distintas Comisiones, etc., etc., hasta que llegamos a los problemas económicos, y, al reunirse para este asunto, no cabe duda que debió levantarse uno de los representantes obreros y decir: «Ya es hora de que la justicia resplandezca en la economía municipal, y para evitar campañas de crítica que el día de mañana podrían mermar nuestra rectitud en los cargos de consejeros, propongo terminar con la duplicidad de jornales, a fin de impedir que, como en otros tiempos, se nos tilde de protectores del enchufismo.» (El presidente no pudo, seguramente, evitar el aplauso de los consejeros.) «Y, como consecuencia, propongo también que, para demostrar nuestra imparcialidad, debe empezarse por suprimir el jornal del municipal combatiente.» (Una voz imperceptible: «¡Qué valiente!»)

Sin duda, en el paroxismo de la inconsciencia en que en tales momentos debieron sumergirse, olvidáronse de muchas cosas y el acuerdo fué unánime y tajante, pagando las consecuencias los heroicos milicianos, que son los únicos que merecen respeto, admiración y el cariño de la retaguardia. Ni una voz debió

La depuración del personal

La Comisión encargada de la depuración del personal municipal, no afecto a la República, está en funciones. Lentamente —lentitud cuya causa originaria no reside en ella— nos va dando a conocer su actuación tesonera y rígida, como corresponde a los tiempos que vivimos. Con tan fausto —para nosotros— motivo, la caverna municipal ruge y gesticula rabiosamente, lanzando un diluvio de denuestos a su trabajo depurador. Su descompostura no nos sorprende ni nos irrita, ya la conocíamos; los apéndices candrales de los reptiles realizan análoga función al ser seccionados.

Sin embargo, entre la caverna no falta quien se cree a cubierto de las sanciones de la Comisión mediante la posesión de cierta misteriosa coraza protectora, y mira con indiferencia despectiva la actuación depuradora.

A simple vista, en los forcejeos que se observan en las sesiones que celebran los camaradas consejeros, se ve dónde está esa coraza misteriosa, muro vergonzoso contra el que se estrella la labor de la Comisión.

Cada sesión que se celebra en cuyo orden figura para su discusión un expediente de la depuradora, da la sensación de estar presenciando una de esas luchas grecorromanas en la que algún luchador de manifiesta inferioridad, «de acuerdo con el árbitro», recurre al empleo de las prohibidas grasas resbaladizas que hacen difícil las presas del contrincante.

oírse en defensa de esa pléyade abnegada, analizando su situación económica, pues de haberla habido no se hubiera tomado ese acuerdo por unanimidad. Se olvidaron, cosa imperdonable en los consejeros sindicales, de que entre las disposiciones del Gobierno hay una que dice: «Al que está en el frente dando su vida por la causa, y mientras su puesto de trabajo no sea ocupado por otro, viene obligado el patrono a indemnizarle con un tanto por ciento de su jornal.» Esto, que, repito, olvidaron los consejeros en el aspecto material, menos debieron olvidarlo en el moral, pues si los combatientes no hubieran dado su sangre por defender Madrid, difícilmente se sentarían ahora aquéllos en sus puestos para tomar estos acuerdos.

Ya en el plan de economías, debió levantarse otro consejero, y para armonizar con el anterior, diría algo así: «De acuerdo con el compañero que me ha precedido en el uso de la palabra, propongo que lo mismo que se ha hecho con los trabajadores municipales de vanguardia se haga con los de retaguardia. Hay que terminar con esos acaparadores de destinos que, para poder llevar a su casa catorce o quince pesetas, tienen que trabajar catorce o quince horas. No se puede consentir que el electricista, el carpintero, el barrendero, el oficinista, el guardia y otros que, ganando siete u ocho pesetas y teniendo varios hijos, a la salida de su trabajo aprovechen otro para poder llevar unas pesetas más a su numerosa familia y atender enfermedades de sus hijos. Creo que con el jornal «ideal» de diez pesetas pueden cubrir sus necesidades, porque es el jornal salvador de una familia.» (Un viva al jornal de diez pesetas debió ser el colofón de tan fecunda iniciativa)

Han terminado los acuerdos, y te habrás convencido, lector, de que en estas reuniones a que nos hemos figurado asistir el perjudicado es el combatiente, y, por tanto, nuestra organización refrescará la memoria de estos consejeros que en unos minutos de alucinación se olvidaron de la realidad del momento y no se acordaron tampoco de que el que está en las trincheras disfruta de «jornada ilimitada» y tiene expuesta constantemente su vida, aunque quizá, si bien se mira, ello no tenga una gran importancia en este charco de positivismo, tan censurables éstos como aquéllos en esta hora suprema de la vida de España.

Plumazos

Un buen compañero, no hacen falta más adjetivos, que estima en mucho más de lo que valen unas aptitudes que no son otra cosa que buenas intenciones, me pide que colabore en EL OBRERO MUNICIPAL.

Apartado voluntariamente hace algunos años de las ingratas tareas de la pluma, me creo obligado en estos instantes, aceptando el cariñoso mandato, a aportar mi grano de arena en pro de la formación del gran bloque de hermandad, suprema aspiración que debe ser guía de todos en los intensos y tristes momentos que vivimos.

El tema que me fué señalado es de tal envergadura, que aun entrando de lleno en el área profesional, requiere un mayor tiempo y espacio, una honda meditación y, sobre todo, su momento, que no es éste.

Cuando el pasado le consideramos muerto, y muchas cosas del presente son tan sólo reflejo de ese pasado; cuando hay que pensar alto y recio, con cerebro y corazón, en un futuro nuevo, completamente nuevo, regido por una invariable y recta línea de conducta, no puede dejarse la fijación de ese futuro a la fantasía de la imaginación, sino que ha de asentarse sobre bases reales y firmes, que en el actual momento, en relación con la Hacienda municipal, están todavía desdibujadas.

Pero temas sobran: Julio Pintado, en su artículo titulado «Organización», da

pie para muchos e interesantes artículos. No conozco a Pintado; pero sus escritos revelan un certero instinto de la realidad, y me voy a permitir la libertad de contestar a una de sus preguntas; es ésta: «En cuanto a servicios para asociados, ¿interesa montar clases, bibliotecas, deportes, Cooperativas, etc.?»

Indudablemente. Las clases, para intensificar la cultura; las bibliotecas, para esparcimiento, reposo del ánimo y cultivo del entendimiento; deportes, para fortalecimiento del músculo; Cooperativas, para asegurar una mayor economía y más pureza en los alimentos.

Todo ello es de primera necesidad. El hombre que estudia, lee con método y cultiva el deporte, se forma un alma sana y un cuerpo fuerte. Se educa y sabe respetar y ser respetado; sabe conducirse, y cuando un hombre en la vida social sabe conducirse con los demás, sabe entenderse, y entenderse es amarse.

Y a entenderse y amarse hay que ir. En mi ya larga carrera administrativa no he podido comprender, ni creo llegaré a comprenderlo nunca, esa separación absurda e injustificada que existe entre el obrero y el empleado.

Cuando en la realidad de hoy, el obrero necesita de una mayor preparación cultural, cuando sus hijos pueden, muy justa y legítimamente, aspirar a ocupar puestos en la Administración, exactamente igual que el hijo del funcionario puede pretender perfeccionarse en un oficio, si sus aficiones le empujan a ello, ¿hay nada más hermoso que ese intercambio de enseñanzas, que es labor de hermandad?

Mas no deben decepcionarse por los resultados obtenidos los miembros de la Comisión depuradora y mucho menos abandonar el empeño, sino proseguirle con más ahínco y fe en el final, guardando celosamente las fichas de los hurtados a su sanción. No importa que estime un trabajo de «recoger agua con una cesta» si sabe retener con energía las últimas gotas que se desprenden del mimbres; cuanto más escasas sean éstas mayor será su triunfo. ¡Allá con el público sonrojo los que impidan la recogida de todo el líquido nocivo!

Siga, pues, su actuación firme y serena. La Comisión no ignora que los dependientes municipales antifascistas están con ella formando un solo cuerpo, pues saben muy bien que lucha desesperadamente en el Ayuntamiento con otro Comité de no intervención, como la República.

COLMENERO

ESTE NUMERO HA SIDO
VISADO POR LA CENSURA

¿A quién, con más confianza y con más gusto que a los propios compañeros, habíamos de entregar nuestros hijos para que adquiriesen las discretas enseñanzas para la lucha por la vida?

La Agrupación puede lograr fácilmente que esta idea, que no es un sueño, sea una realidad.

De su seno puede salir para lo futuro un plantel de obreros y funcionarios honrados y capacitados que sean a la vez orgullo del Ayuntamiento y de la Agrupación.

Profesorado voluntario y gratuito no había de faltar.

Hágase de corazón esta labor de acercamiento que está en la conciencia de todos.

No hay razón ni causa que justifique este apartamiento, sobre todo si se tiene en cuenta que son muchos los funcionarios que también fueron obreros; y aun cuando la hubiera, hay que aprender, que el minuto más sublime de la vida del hombre es aquel en que, aun sangrando las heridas que la inconsciencia, la injusticia, acaso el egoísmo, hicieron en su carne, se eleva sobre las humanas miserias, alto el corazón, y olvida, perdona y ama.

Esta dulce serenidad es sendero de perfección.

Pedro MINIO



Sección Oficial

En las múltiples reuniones que desde la anterior «Sección oficial» ha celebrado nuestro Comité central se tomaron, entre otros, los siguientes acuerdos:

Se acordó designar, en calidad de asesores para asistir a la Comisión depuradora, a los compañeros presidente y secretario.

Se autoriza a la Sección de Mataderos para celebrar junta general.

Se da cuenta de haber sido víctima de los fascistas el camarada Juan Ruano (de la Sección de Obras sanitarias) al intentar detener en Cuenca a elementos reaccionarios.

Se crea y se procede a la organización de una biblioteca circulante.

Se acuerda donar la cantidad de 100 pesetas a los Batallones de la Casa del Pueblo.

Se acuerda presentar al Ayuntamiento un proyecto de reorganización de la Sección de Laboratorio.

Se aprueba la actitud observada por la Sección de Incendios al no querer desplazarse de Madrid ante el ofrecimiento que les hacen los compañeros bomberos de Cataluña.

Se aprueba la constitución de la Sección de Asistencia Social, con la siguiente Directiva: Presidente, Moisés Fernández; secretario, Román Martiáñez Fernández; vocales: Luis Morales, Juana Hernández García y Manuel Barragoi González.

Se acuerda que todos los cobradores de las distintas Secciones habiliten unas horas durante dos días de la semana en sus respectivas Secciones para resolver los asuntos del cobro de cupones.

Se acuerda dirigirse al Ayuntamiento para que se haga una revisión en el fichero municipal, por si hubiese algún funcionario incurso en las quintas movilizadas.

Dar 500 pesetas al Sindicato minero para el pago de sus atrasos en la U. G. T.

Dar 18,75 pesetas mensuales para las Escuelas obreras laicas de Madrid, cantidad proporcional que nos corresponde para cubrir la cuota mensual necesaria de 3.750 pesetas.

Se designa a los compañeros Magadán y Martín para que, en representación de la Agrupación, adquieran los equipos de invierno para los compañeros del frente.

Diálogo entre dos amigos

—¡Salud, camarada Pinto! ¿Qué hay de bueno por esta oficina?

—Nada, querido Juan. Que la guerra nos trae de cabeza a todos. Figúrate, yo, un muchacho joven...

—Conforme en que eres joven y destacado, Pinto; pero has de reconocer que estás realizando una obra útil en la Secretaría de esta organización.

—Mi puesto ya no es éste, Juan. Bien lo reconozco. Mi sitio está en las trincheras, con mis compañeros de juventud. Yo no debo continuar ni un día más alejado de las actividades de la guerra. ¿Qué se diría de mí —y yo considero que razonadamente— si continuara en esta actitud?

—Nada, hombre, tú siempre cumpliste muy bien en la organización. Has tenido cargos de responsabilidad. Levantaste el espíritu de los nuestros y preparaste a los jóvenes como tú para la revolución. Todavía me acuerdo cuando les hablabas de las barricadas y les decías que en ellas perderíais, si preciso fuera, la vida en defensa de las libertades por todos ansiadas. ¡Qué bien, estuviste ese día!

—Sí, pero ya ves, Juan, hubo necesidad de utilizarlas, y mis compañeros están dando su sangre en los frentes y yo permanezco aquí.

En esta conversación les sorprendió la llamada a filas de su quinta, y esta coincidencia le iba a poner —siquiera fuese de manera forzosa— a la altura de un combatiente, y con ello su espíritu revolucionario quedaría libre de pesadillas. Pero es que la guerra no es la revolución de que yo les hablaba —se decía—. En la guerra se pasa sed, frío; yo veo en Madrid cojos, mancos; sé de familias que tienen hijos desaparecidos. En fin, esto es horrible.

—Pues con esta disposición, camarada Pinto, no tienes más remedio que incorporarte donde te destinen; pero espera... ¡Tengo una idea! ¿Por qué no te quedas en la retaguardia?

—No estaría bien, hombre.

—Sí; pero hay muchas oficinas donde podías prestar servicio, y muy interesante. Incluso se podía buscar una dependencia donde no tendrías peligro y hasta te facilitarían dietas. ¿Comprendes? Por ejemplo, la oficina X, que tiene mucha relación con los campesinos, ¿sabes? Y siempre le da un color más modesto y humano.

—No puede ser, Juan.

—Pero no seas terco, hombre. ¿No comprendes que una vez que terminemos con el fascismo en la guerra es necesario administrar la victoria adquirida? Pues para ese momento convendrá que estés en primera fila, y no puede conseguirse si un buen juicio no te ilumina en todo



momento para que te reserves del peligro.

—Bien. Me has convencido. Y en atención a esas objeciones, que considero interesantísimas, decido optar por quedarme; pero no estoy dispuesto ya a muchos sacrificios de éstos, camarada.

A. DEL MORAL

Sur Tajo-1937.

La U. G. T. reanuda su historia

La nueva Comisión ejecutiva dirige, muy acertadamente, sus primeros acuerdos a deshacer cosas que no debieron producirse; repara todos los resortes que parecían rotos o paralizados; busca la unidad sindical y, revalorizando su potencialidad creadora, mantiene firmemente sus tradiciones históricas. Marcha por el camino de la actividad y de la eficacia, procurando la unión de toda la clase trabajadora, tan necesaria en estos momentos.

Congratulémonos de todo ello por el prestigio de nuestra gloriosa central sindical.

Ayudemos siempre al Gobierno del Frente popular

En Ginebra, primero, y ante el Parlamento reunido en Valencia, después, ha demostrado el camarada Negrín, por su formación política y rigurosamente disciplinada, ser el verdadero jefe del Gobierno del Frente popular y el verdadero portavoz de la España antifascista, pues sus discursos, llenos de verdades y rebosantes de sinceridad, energía y certera visión de la situación nacional e internacional, así lo han demostrado. El lenguaje claro del presidente del Consejo, bien entendido, lo dice: los tibios no nos sirven, y los que invaden facultades ajenas nos sirven peor, pues, fingiendo pensar que ayudan al Gobierno, acumulan dificultades en su camino. Lo que el Gobierno manda implica obediencia para todos, y el mostrarse celoso de restablecer la autoridad y la disciplina es nuestro orgullo, y a ello debemos cooperar todas las organizaciones antifascistas.

En Pie

No sin sentir pena y vergüenza hay que confesarlo: en el Ayuntamiento la carrera municipal se hacía «en el pasillo».

En el Municipio, el hombre trabajador, consciente de sus deberes como funcionario, fiel cumplidor, que no puede tener tiempo para el brujuleo de despachos, salones y pasillos, muere olvidado en la obscuridad anónima del negociado o del servicio.

Los empleados han sido de dos clases: empleados de cuota, que todo lo han tenido, todo lo han conseguido y todo lo han hecho, menos trabajar, y el infeliz paria, que, amarrado a la mesa de la oficina, apenas con todo el trabajo, con toda la responsabilidad y tiene que aguantar, además, las intemperancias de las jefaturas.

Los intereses creados de casta, de parentesco, de compadrazgo, el favor, la recomendación, el recadito oportuno, el halago en el momento preciso, el aprovecharse de ideas, trabajos y proyectos ajenos cogidos al vuelo al incauto compañero o subordinado y presentados como propios, han sido la fuerza motriz de tanto escalatorres municipal como hemos visto encumbrarse vertiginosamente a los puestos de mando del Ayuntamiento.

El caso del compañero X: No aparece por la oficina. Nunca hizo nada de provecho. Cuenta con dos o tres cosas particulares, a las cuales dedica toda su atención y tiempo. Todo el mundo lo sabe y todos lo comentan. El jefe no lo ignora y le protege. Es el chico de Fulano, simpaticón e inteligentísimo, al que hay que ayudar, y en la primera ocasión se le enchufa en esas gratificaciones pintorescas ideadas por tanto director para encubrir incapacidades de mando y organización, o para tapar con la picaresca capa de trabajos extraordinarios la falta de rendimiento de tantos ganapanes conocidos sólo en el momento de cobrar la nómina.

Hay que cubrir un cargo de responsabilidad y competencia. Gratificación de mando. Bajas pasiones. Sucios procedimientos. Se hostilizan, se estudian, procuran adivinar los pensamientos del posible competidor para el cargo y ganarle la partida por la mano. Influencias políticas —bajezas humanas—, y es elegido. ¿No le conocéis? Es el probo funcionario que en todo momento se ve en el Patio de Cristales repartiendo afectuosos saludos a los concejales. Vale muchísimo. En la última comida que celebraron los regidores municipales, invitados por... su excelencia, en Las Rozas, estuvo tan dicharachero y oportuno. Hace discretamente unos magníficos donativos de camisas de seda y unos aguinaldos capaces de limar las crispadas aristas del revolucionario más sangriento.

El servicio y los intereses municipales importan y han importado un pitoche. No se organiza nada. ¿No cumple el servicio la misión y el rendimiento que tenía encomendados? Fracasaron rotundamente los pobres «pirutis», los funcionarios que no rinden, que no saben trabajar, que boicotean la labor de la Dirección y le minan el terreno para desplazarle. El, el jefe, no fracasará. No se analizará a fondo las causas fundamentales de tanta y tanta equivocación de proyectos, obras y servicios municipales que costaron millones de pesetas al sufrido pueblo madrileño. Y a ese técnico, a ese jefe, a ese director incapaces se les destituye de un cargo para llevarles a otro de más responsabilidad y provecho particular. Y en el salón de sesiones, públicamente, se les eleva a las inmarcesibles alturas de los elegidos y se les declara «tabú».

Vosotros lo sabéis. Vosotros conocéis bien profundamente toda la intrincada maraña de la Administración municipal. Vosotros no ignoráis dónde existe la inmoralidad y quiénes son los indeseables. ¿Hasta cuándo vamos a continuar con el cuchicheo de comadres en voz queda, de oreja a oreja, en la asfixia del tapujo y en la inconsciencia del anónimo?

Pongámonos en pie. Surja la rebeldía noble, gallarda, del trabajador que sabe cumplir con su deber y exige sus derechos. Unamónos a nuestro compañero de lucha, destruyendo para siempre viejos y estúpidos prejuicios que pudieron separarnos. Aprendamos de ellos a tener conciencia sindical, a no escatimar esfuerzo alguno por la causa común de todo trabajador: por conseguir una sociedad más justa, más honrada, más decente.

¡En pie gallardamente, virilmente! ¡En pie, tenso el ánimo, templado el espíritu, dispuestos a terminar de una vez con toda inmoralidad, con toda injusticia, con toda imposición.

¡En pie! A reclamar un puesto en la lucha cruenta de hoy, que nos traerá las venturas del mañana. Unamos nuestro esfuerzo, por insignificante que nos parezca, al esfuerzo de los demás, sin reservas ni tapujos, y tendrán que respetarnos, porque sabremos hacernos respetar.

Asociaos, pero dispuestos a actuar. Que sea un timbre de orgullo vuestro carnet sindical, no un salvavidas en un momento de terror insuperable.

De lo que ocurra en lo futuro no podremos pedir cuenta a los demás. Tendrá que ser, tiene que ser lo que nosotros en los momentos actuales queramos.

Nada de dudas ni temores. ¡En pie y adelante!

J. AREVALO

Los dos cristos

Dos cristos están luchando ha un año con gran empeño: el cristo capitalista y el cristo de los obreros.

El que ellos llaman cristiano y hoy traen para defenderlo miles y miles de moros, musulmanes y del Tercio. El del cura trabucaire, que lleva colgado al pecho, junto al cristo una pistola o un trabuco naranjero.

El que en el confesonario sólo le sirve de cebo para engañar a los bobos con las penas del infierno.

Y sabe este tragaduros que no hay ni infierno ni cielo, y que todo esto lo hace para acaparar dinero.

El de los frailes y monjas que llenaban los conventos, donde se han hallado cosas que horroriza hasta el recuerdo.

En el nombre de ese cristo fusiláis los prisioneros, y entráis a los hospitales, matando heridos y enfermos.

Este cristo no es el cristo que, entre palmas y romero, en Jerusalén entraba aclamado por el pueblo.

Y aquí, su representante habita un palacio inmenso, lleno de todos placeres y el tesoro de San Pedro.

Y bendice los cañones cuando van los artilleros a tirar miles de obuses contra pueblos indefensos.

Y caen mujeres y ancianos entre los escombros muertos, y la maldita metralla deja a los niños deshechos.

Con ser así vuestro cristo, nosotros no le queremos; porque es el cristo del crimen, de la ambición y el dinero.

Nuestro cristo es otro cristo, el que estamos defendiendo: el que dará la cultura, la libertad y el progreso.

El que hará una nueva España cuando la guerra ganemos; una España socialista, como pensaba «el abuelo».

¡Hurra!, buenos camaradas, al nuevo cristo moderno: el que hará una nueva España, que no haya esclavos ni siervos.

Inocente FERNANDEZ

De todo un poco

Del mitin del día 12

Palabras de uno de los oradores:

«El señor llamó a los lacayos a su despacho y les ordenó que salieran del salón durante la votación, y éstos obedecieron.»

Muy bien dicho. Sólo faltó decir el nombre de los lacayos y del señor, aunque todos los sabemos.

De otro de los oradores:

«El Hospital de la Orden Tercera yo solicité su reapertura con carácter municipal y me lo denegaron. Poco después le fué entregado a un Sindicato (aquí también falta el nombre) y fué inicua-mente saqueado; se llevaron hasta las cañerías del agua.»

Uno de los lemas de la revolución es: «Pena de muerte al ladrón.»

Del mismo orador:

«En los hospitales hay muchos emboscados; hay hombres de veinticinco años que podían ser sustituidos con ventaja por mujeres.» «Además, a los hospitales se les surte con abundancia de cerveza, cócteles y otras bebidas.»

No hay duda de que nuestra guerra es una guerra de lucha de clases.

De otro orador:

«Hay que trabajar intensamente, lo que sea preciso, hasta el agotamiento, sin pedir remuneración.»

De acuerdo. Así es como hay que trabajar, y no como algunos, que cobran sendas dietas.

De otro orador:

«La Agrupación de Dependientes Municipales ha movilizado más de 2.000 hombres, ha sufrido más de 130 muertos y más de 300 heridos, 300 y pico huérfanos, más de 80 viudas y otras tantas madres sin hijos.»

Bar municipal.—Se ha establecido un bar en la calle de Velázquez, en el mismo edificio del Ayuntamiento, donde se sirven excelentes cañas de cerveza, cócteles y algunas otras bebidas.

Suponemos que también habrá bocadillos, aunque no lo podemos asegurar; lo que sí aseguramos es que algunos días hay pastel.

POLVORILLA

Qué supone nuestra guerra

Quiero con mis razonamientos llevar al ánimo de todos los combatientes en general, pero en particular a los camaradas comprendidos principalmente en la quinta del año 1931, la necesidad de que comprendan cuáles son las causas que provocaron la guerra de invasión que padecemos, los postulados fundamentales por que luchamos y lo que supone en nuestra vida futura el triunfo en nuestra contienda.

Todos sabemos en qué medio ambiente se han desarrollado nuestras vidas. Nadie ignora a qué clase de vejaciones hemos estado sometidos. No hemos visto nunca nuestro trabajo retribuido debidamente. Produciéndolo todo, de todo nos veíamos expoliados. Veíamos cómo con nuestro improbo trabajo el capitalista, dueño de las materias primas, de los talleres, de las fábricas, de la maquinaria, del campo, etc., también era el amo de nuestra existencia, pues teníamos que admitir sin repulsa alguna las normas que de antemano, y en connivencia con los políticos desaprensivos, habían establecido. Nos encontrábamos impotentes para reclamar lo que legalmente era nuestro. Como contrapartida, no hallábamos más que egoísmos, cada vez más aumentados, desmedidos, que para sostenerse tenían que encontrarse respaldados en Gobiernos de conducta vergonzante, tales como el de Lerroux-Gil Robles, etc., los que, a su vez, teniendo necesidad de dar satisfacción en todo a sus avarientos amos, para defender los inhumanos intereses de éstos, y faltándoles a ellos la asistencia del pueblo, creaban aquellos cuerpos tan odiados justamente por el honrado pueblo español, cuales eran el ahito de sangre española, la más venal de las instituciones, la repugnante guardia civil, y aquella pléyade de golfos y explotadores de pobres mujeres que se llamaban pomposamente legionarios de Falange, los asesinos más repugnantes y odiados del pueblo. ¿Quién de nosotros puede olvidar el vil asesinato del camarada Castillo y tantos otros? Nadie. Para vengarlos tenemos el honor de encontrarnos en las trincheras empuñando el fusil, pudiendo con este excelente camarada pedir estrecha cuenta a los criminales que tenemos enfrente, que no son aquellos chulos—por falta de valor en ellos, pues se encuentran escondidos en su podrida retaguardia—, pero sí son, en su mayoría, siervos y crueles bandoleros que sirven a un amo que le chorrea la sangre—y en ella se ahogará—de los ancianos, mujeres e hijos del pueblo español, sangre inocente que esos bárbaros vierten a raudales por cobardía para luchar con el glorioso Ejército del pueblo, el cual, para bien del mundo entero, limpiará, arrancándola hasta las raíces, esa mala simiente, que en los estertores de su fantástica agonía quiere sumir al mundo en tenebroso mar de sangre de la clase trabajadora internacional.

¿Quién también puede dejar de pensar en aquella cruel represión de 1934 en Asturias y en España entera? ¿Quién olvidará las privaciones padecidas por el pueblo? ¿Os acordáis, camaradas, de lo imposible que era para la clase trabajadora poder instruir a sus hijos, siempre con más talento natural y disposiciones mejores para la asimilación de conocimientos científicos que aquellos privilegiados hijos de los cretinos que componían la repugnante aristocracia española?

Contra todas estas cosas, y también contra los militares traidores a sus compromisos y con su crimen de lesa patria, es contra las que el pueblo español lucha, pues no quiere que su patria se convierta en un solar de las huestes más sanguinarias que registran las historias de todos los pueblos.

Nosotros queremos crear, y lo conseguiremos, un régimen de igualdad y fraternidad entre los hombres, en el cual todo el mundo produzca con arreglo a su capacidad y consuma según sus necesidades.

Queremos que las fábricas, los talleres, las máquinas, el campo, todo lo que supone riqueza creada con el esfuerzo del trabajo humano, esté en nuestras manos. También queremos que los lugares de enseñanza sean nueva civilización, en los cuales nuestros hijos puedan tomar las iniciativas y conocimientos necesarios según su capacidad.

Luchamos por dar un nuevo concepto al trato de la sociedad para con el hombre. Igualmente cambiaremos la concepción del amor, de la religión, de la economía, de la política, y construiremos un formidable Ejército del pueblo para la defensa de los trabajadores del mundo.

Todas estas y muchas más son las normas que nosotros pondremos en práctica para la creación de una nueva España. Pero para esto es preciso que nosotros, soldados de la quinta de 1931, nos hagamos dignos de estar en compañía de los valientes que en las trincheras llevan mucho más tiempo, rivalizando en la lucha con ellos y comportándonos con el mismo heroísmo que el empleado por los mismos.

Camarada: ¡A ser verdadero soldado del pueblo! ¡A luchar con coraje! Piensa que cuanto haces es por engrandecer a tus hijos y por librar a España de la más cruel tiranía. Piensa que en la medida de coraje que pongas en la lucha, así te situarás como forjador de la libertad, por la cual luchas.

Manuel MUÑIZ PINUELA

Soldado del 76.º Batallón
(18.ª Brigada Mixta)

Acto público de afirmación sindical celebrado por la Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid el día 12 de septiembre de 1937, en el teatro de la Zarzuela, en el que intervinieron los compañeros Hinojosa, La Serrana, Rebosa y Samperio

Palabras del compañero presidente del acto, José Magadán

Trabajadoras y trabajadores madrileños: En pleno bienio negro, o sea reinando Salazar Alonso, acompañado de la corte de fascistas que había en el Ayuntamiento de Madrid, y que, por desgracia, todavía existen, la Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid tuvo que celebrar varios actos — dos particularmente — para dar a conocer al pueblo de Madrid las gestiones que había realizado en defensa de todos los trabajadores municipales que en aquella época fueron represaliados por el glorioso movimiento obrero del año

1934. En aquella ocasión prometimos volver a ponernos en contacto con vosotros, y hoy, a los catorce meses de guerra cruel y sanguinaria, volvemos a vuestra presencia para daros a conocer la labor realizada tanto en la vanguardia como en la retaguardia. Ahora, los compañeros que usarán de la palabra, con bastante más elocuencia que yo, puesto que están más acostumbrados a estas cosas, os expondrán con todo detalle lo hecho por nuestra Agrupación.

El compañero Máximo Gómez Hinojosa os va a dirigir la palabra.

El compañero Máximo Gómez

(Al levantarse a hablar es acogido con aplausos.)

Camaradas y antifascistas de Madrid: Sean mis primeras palabras de recuerdo y admiración a los compañeros caídos heroicamente en la línea de fuego, a estos compañeros, para los que nunca encontraremos palabras suficientes con que enaltecer su conducta, porque ellos dieron todo por la causa, y sean también mis palabras un saludo fraterno para todos los compañeros que, con el fusil en la mano, luchan en los distintos frentes, compañeros que nos brindan un ejemplo de unificación sin igual, unificación por la que creo debemos propugnar todos, pero con ejemplo, no con palabras, porque la unificación en estos momentos históricos que vivimos es la única base para el logro de la victoria. Y hablo de unificación porque todos los trabajadores municipales tenemos una gran autoridad para decirlo. Los trabajadores municipales afectos a la Unión General de Trabajadores hemos buscado siempre la convivencia con todos nuestros hermanos de clase, y es, por lo tanto, necesario que sepa el pueblo de Madrid cuál ha sido, es y será la conducta que hemos observado, observamos y observaremos los que a tal organización pertenecemos.

AUNQUE COBRAMOS DE UN PRESUPUESTO, SENTIMOS LA LUCHA DE CLASES

Es posible que vosotros, vecinos de Madrid, quizá tengáis un concepto del trabajador municipal distinto al del trabajador de la industria privada, porque tal vez consideréis que, al cobrar nosotros de un presupuesto y tener asegurado nuestro trabajo, no son iguales

nuestras necesidades y no sentimos igual que ellos la lucha de clases. Pero yo a esto tengo que decirlos que también los municipales hemos sido perseguidos y vejados por los hombres de la reacción en el Ayuntamiento, y que cuando llegó octubre del 34 todos, como un solo hombre, cumplimos la consigna, cumplimos las órdenes de nuestra organización y fuimos una más en el glorioso movimiento, como lo prueban los mil compañeros que quedaron en la calle. El último acto público que celebró la Agrupación de Dependientes Municipales fué en 1935, durante el bienio negro, con objeto de recaudar fondos para estos compañeros que estaban necesitados por encontrarse en la calle, y tuvimos la satisfacción de ver cómo la clase trabajadora, reconociendo la labor que hicimos en este glorioso movimiento, respondió unánimemente a nuestro llamamiento. Y durante toda esa época en que tuvimos que sufrir a los hombres reaccionarios en los destinos del Ayuntamiento fuimos constantemente perseguidos los obreros de la Unión General de Trabajadores por ser los únicos que secundamos el movimiento; y toda esa época de adversidad fué la suficiente para que se templase nuestro ánimo y para que nos preparáramos para la lucha, como se ha podido demostrar llegado el movimiento subversivo de julio.

DOS MIL TRESCIENTOS COMPAÑEROS EN EL FRENTE Y, NO OBSTANTE, LOS SERVICIOS QUEDARON DEBIDAMENTE ATENDIDOS :: :: :: ::

En los primeros momentos del movimiento fascista solamente existía en

Madrid una Agrupación de municipales, la organizada en la Unión General de Trabajadores, en cuyas filas militaba más de la mitad del personal municipal, y de las que salieron más de 2.300 camaradas para los distintos frentes a luchar contra las hordas mercenarias del fascismo internacional. Y no por este número de compañeros que fueron a los distintos frentes quedaron desatendidos los servicios municipales, pues la falta de brazos por este concepto fué suplida por los compañeros que aquí quedaron, trabajando cuantas horas fueron necesarias, duplicando su jornada, sin descanso a veces. Por eso yo me atrevo a decir desde aquí, al ver una nota publicada en la prensa, que afectaba a compañeros a quienes todos debían respeto y admiración, como eran los del Servicio de Limpiezas, en la que parecía consignarse que querían reducir su jornada de trabajo. Y he pensado que ninguna persona sensata podía hacer semejante cosa en el Ayuntamiento de Madrid, y mucho menos enviarla para su publicación a la prensa. Esto tiene que ser una equivocación. Y hoy, que nos ponemos en contacto con vosotros, os digo: Los trabajadores de Limpiezas fueron unos hombres que, aun estando el 50 por 100 en los frentes, supieron cumplir para que no se notara su falta, pues los que quedaron trabajaron cuantas horas fueron necesarias, y aun después de su jornada de doce y catorce horas iban voluntariamente a descargar camiones de víveres y a cargar camiones de municiones para llevarlas al frente. Quedáis, por tanto, enterados, vecinos de Madrid, de que esto ha debido ser una confusión, y que la Agrupación de Dependientes Municipales os hace la aclaración necesaria porque estos compañeros son hombres dignos de respeto y cariño por el trabajo que realizan, que nunca lo sabrá apreciar bien el pueblo de Madrid, como lo sabemos apreciar nosotros, porque convivimos con ellos.

Otra cosa que hay que destacar de los militantes de la Agrupación de Dependientes Municipales es la labor realizada por los conductores de automóviles, que en los primeros momentos no han tenido descanso alguno; que por la mañana se dedicaban al transporte de basuras, por la tarde al transporte de víveres y por la noche al transporte de combatientes y municiones a los frentes. Todavía recordamos nosotros — todavía recuerdo yo — cómo en aquellos momentos de la insurrección los primeros automóviles que subían por los picos más altos de la Sierra eran aquellos grises con el escudo del Ayuntamiento de Madrid.

Y estos compañeros, sin temor al peligro, conscientes de su deber, llegaban a los sitios batidos por la metralla a auxiliar a los que de su auxilio necesitaban, llevándoles víveres y municiones. Muchas veces llegaban a la organización a decirnos que no podían más, que estaban extenuados. Y nosotros les animábamos para que siguieran en su labor, pues era una función tal la que realizaban que no había compañeros capaces de sustituirlos. Esta es otra de las cosas que han hecho los afiliados a la Agrupación de Dependientes Municipales, en la que todos sus militantes encontraban siempre en los elementos directivos el apoyo moral y material para que siguieran prestando una labor útil para Madrid y para la guerra.

Pero hay otros compañeros que tal vez el pueblo de Madrid no sepa apreciar tampoco su labor, y que son unos trabajadores que, quizá porque el público no profundiza bastante en los problemas, se ven criticados y menospreciados. Me refiero a los trabajadores de la Administración del Ayuntamiento, que han prestado un servicio muy importante al pueblo de Madrid, y que yo, con pocas palabras, voy a poner de relieve.

Todos conocéis cómo ha estado abastecido Madrid. Todos conocéis con qué vergüenza se veía que mientras en un distrito se comía bien, en otros apenas si se podía cubrir el hambre. Todos habéis visto que mientras Abastos dependía del ministerio de Trabajo hacía falta recomendación y hacían falta muchas cosas para tener lo suficiente para vivir. Todos habéis visto, quizá sin querer los que regían aquel organismo, cómo había unos que comían y otros no. Y también habréis podido observar que desde que el Ayuntamiento se ha hecho cargo de ese servicio, habrá pocos víveres, pero están bien distribuidos y con sensatez. Si hay patatas para un barrio, las hay también para otro. Si hay arroz para unos, lo hay también para los demás, etc. No hay castas, no hay privilegios. Y todo eso ha sido por la honradez de los trabajadores municipales. Se ha acabado con las recomendaciones. Y esto lo han hecho menos de cuatrocientos hombres, que han sustituido a ochocientos administrativos que había en el ministerio de Trabajo. Comprenderéis, camaradas, que esta es una labor importante que nosotros no tenemos más remedio que destacar, como antifascistas de verdad que somos, diciendo que es una labor hecha por Madrid. En Madrid no puede haber más que antifascistas, y todos tienen el mismo derecho, todos tienen derecho a que de los víveres que a Madrid lleguen se haga una distribución equitativa.

Son innumerables los servicios que la Agrupación de Dependientes Municipales, con su ayuda constante al Ayuntamiento de Madrid, ha prestado, y le ha solucionado muchos problemas que le planteó la guerra, y nunca se le ha ocurrido poner obstáculos en su labor al Municipio, ni jamás ir a la prensa a censurar la labor municipal, porque si la Agrupación de Dependientes Municipales

hubiese ido a la prensa a criticar, habría sido porque con anterioridad lanzase iniciativas. Por eso nosotros decimos al pueblo de Madrid que si otros lo han hecho, allá ellos con su responsabilidad. Nosotros creemos que es impropio de antifascista hacerlo.

Otro problema que se le creó al Ayuntamiento de Madrid, como a todos los organismos oficiales de la España antifascista, fué la necesidad de limpiar sus dependencias del personal que pudiera resultar desafecto al régimen. Para esto creó el Ayuntamiento una Comisión depuradora, con representaciones sindicales; Comisión depuradora a la que nuestra organización envió su representante; Comisión depuradora que lleva más de un año de vida y que aún no ha terminado. Muchos son los obstáculos que se han puesto a la referida Comisión; pero nosotros tenemos la satisfacción de decir que de ninguno somos culpables. Yo no tengo autoridad para exponeros lo que en ella ha ocurrido. Nuestro camarada presidente es el único que autorizadamente puede hablaros de ello, puesto que ha vivido lo que en la misma haya podido ocurrir. Pero lo que sí quisiera decir es que en octubre de 1934 fueron más de mil los compañeros que quedaron cesantes. Y me interesa hacer constar que de esos mil compañeros hubo algunos, bastantes, que quedaron en la calle por la delación de jefes reaccionarios que, fingiéndose amigos de los trabajadores, les delataron, jefes que aún quedan en el Ayuntamiento porque todavía hay quien les defiende, llamándose antifascista.

POR TRES CAUSAS QUEDAN AUN EN EL AYUNTAMIENTO AUTORES DE DESPIDOS EN OCTUBRE DE 1934 :-: :-: :-: :-: :-:

Yo me figuro que en vuestra imaginación debe estarse forjando una pregunta. Yo me figuro que ahora mismo pensáis: ¿Cómo vosotros, organización de Dependientes Municipales, militando en vuestras filas la mayor parte del personal municipal, consentís esto? Yo voy a dar por hecha la pregunta y la voy a contestar. Por dos razones; mejor dicho, por tres razones. La primera, porque nosotros no tenemos culpa de que al empezar el movimiento no existiera más que un Sindicato, el nuestro, y que al crearse el otro, todos los que nosotros no admitimos fueran a este otro Sindicato. De esto nosotros no tenemos la culpa. También disculpo a los hombres representativos de ese Sindicato, porque al defender a los hombres que entraron en sus filas, yo no puedo pensar que los admitieran a sabiendas de que algunos de ellos eran enemigos del régimen. Y yo defiende a estos hombres porque cuando tienen que juzgar, lo hacen a unos militantes que ellos no saben cómo pensaban antes del movimiento, puesto que no estaban en sus filas, ni tuvieron representación en el Ayuntamiento, ni sufrieron la represión de octubre. Pero

lo vergonzoso, camaradas, y ésta es la segunda razón por la que os digo que no creáis que porque en el Ayuntamiento de Madrid existen funcionarios que son representantes del pueblo en estos momentos y que llevan muchos años en el Municipio, que tienen la obligación de conocer a los enemigos del régimen, o, por lo menos, a los enemigos de los obreros organizados que fueron a la calle en octubre, pues aun estando esos hombres ahí, nosotros no tenemos la culpa de que a la hora de fallar no obren como antifascistas.

Esos hombres, cuando llega el momento de decidirse, anteponen que son compañeros de un mismo escalafón y que parecería una cosa personal el estricto cumplimiento de su deber. Y cuando dicen eso, y cuando nos ponen esos razonamientos, creemos nosotros que se van a quedar en un plan neutral. Y ¿sabéis lo que hacen? Votan a favor de esos hombres que dijeron que eran enemigos del régimen.

Pero queda más, camaradas, y ésta es la tercera razón. Hay también hombres con larga historia sindical que, con la práctica de la vida política y sindical, aprovechan sus puestos y llevan a la práctica la política que ellos siempre criticaron: llevan a la práctica la política baja, opaca y rastrera que vieron a los hombres de la reacción. Y llevan esa política de tal forma, que hay quien, erigiéndose como los antiguos, se convierte en el señor de horca y cuchillo, y llama a su despacho a hombres de espíritu servil y les ordena que se ausenten del Ayuntamiento en los momentos en que su presencia es más precisa. Y esos hombres que se prestan a esto en los momentos en que por disciplina de minoría y por disciplina de partido tienen que estar en el Ayuntamiento; estos hombres, como lacayos, se ausentan del Ayuntamiento para que prevalezca el criterio del señor que así se lo ordenó, y de esta forma (Aplausos.); de esta forma, camaradas, yo os digo: Estos hombres cumplieron el mandato de su señor, y el señor cumplió con el jefe reaccionario, pagando de esta forma las mercedes y halagos recibidos en otros tiempos. (Una voz: «¡A la calle con los dos!»)

CONSEJEROS MUNICIPALES: QUE VUESTROS SENTIMIENTOS DEL CORAZON NO VENZAN A VUESTRAS IDEAS Y PENSAMIENTOS ANTIFASCISTAS :-: :-: :-:

Yo quiero decir, camaradas, para que de estas cosas no culpe el pueblo de Madrid a la Agrupación de Dependientes Municipales, que es la única que conoce a sus enemigos de octubre, que nadie ni nada nos puede convencer de que tenemos que auxiliar a los repetidos enemigos de octubre. Eso, nunca. Yo, por esto, digo desde aquí a los representantes del Ayuntamiento de Madrid, a los verdaderos antifascistas: Camaradas consejeros: Que vuestros sentimientos del corazón no venzan a vuestras ideas y pen-

samientos antifascistas; que unas y otros marchen al unísono, para que no vuelva a repetirse uno de los primeros casos que todos sabemos que ocurrió en la Comisión depuradora; que no debisteis rivalizar tanto con vuestros sentimientos para salvar a un hombre que por agradecimiento os envió la frase más incua desde una radio facciosa. Crispa los nervios pensar que precisamente en aquellas cinco tardes que estuvieron deliberando sobre este caso, estos hombres pusieron tal pasión en defenderle, en buscar una forma noble, una forma de vistosidad para salvarle, que no les permitió oír el sonido atronador de la metralla fascista que disparaban los amigos de aquél y que destrozaba mujeres y niños en las calles de Madrid. (Aplausos.)

CUANDO LOS DEL FRENTE DISPARAN HASTA CONTRA SUS MISMOS HERMANOS DE PADRES POR DEFENDER LA LIBERTAD, EN LA RETAGUARDIA NO SE PUEDE SER DEBIL CON EL ENEMIGO :-: :-: :-:

Yo, por último, quiero hacer un llamamiento a estos hombres y decirles lo que de verdad digo con el corazón, lo que debe decir un antifascista, lo que tenemos que decirles los que nos vemos contrariados comprobando que siguen en el Ayuntamiento nuestros perseguidores de octubre. Camaradas de la C. N. T., camaradas que representáis a la C. N. T.: Yo no puedo dudar de que vosotros—algunos de vosotros sobre los que ha pesado la pena de muerte—podáis amparar a los desafectos al régimen. Yo también digo a los hombres de la Unión General de Trabajadores, a todos los que

tienen la obligación ineludible de defender a la Agrupación de Dependientes Municipales, a los que en octubre de 1934 eran verdaderos militantes defensores de la libertad: Pensad, vosotros que habláis tanto de unificación en esos mítines donde se os llena la boca de decir «unificación» y «disciplina», que habéis roto la disciplina y la unificación en el Ayuntamiento; que nos brindáis ejemplo de indisciplina y queremos evitarlo. Y somos nosotros, la masa, la que os decimos: Fijaos bien, camaradas. En las líneas de fuego combaten nuestros compañeros y nos exigirán una responsabilidad a los que estamos aquí. Y estos compañeros combaten contra alemanes, contra italianos, contra portugueses, contra todo ese conglomerado de mercenarios, pero también contra españoles enemigos de la libertad. Y lo hacen muchas veces disparando contra hermanos de su mismo padre. Y esto, camaradas, que os sirva de ejemplo. Y cuando vayáis a la Comisión depuradora, anarquistas, hombres de la Unión General de Trabajadores, hombres republicanos—todos somos hermanos porque defendemos la libertad—, ¿por qué no nos brindáis el ejemplo de unificación? ¿Por qué no os dais cuenta de que lo mismo que los compañeros que luchan en las trincheras tenemos nosotros que luchar en la retaguardia, y, por tanto, tenéis la obligación de colaborar de esta forma en la Comisión depuradora? Porque hay que tener en cuenta que el enemigo, tanto en vanguardia como en retaguardia, no es más que uno: el fascismo. Luchad contra él y nos tendremos a vuestro lado. Pero si así no lo hacéis, tendremos que venir a otro acto público a decir otras cosas quizá mayores que éstas. (Grandes aplausos.)

Discurso del compañero Manuel García de la Serrana

Camaradas: Yo soy un hombre absolutamente disciplinado, totalmente disciplinado, y, a pesar de estar enfermo y cansado, tan pronto nuestro presidente, el hombre austero, rígido e inflexible que se llama Samperio, me requirió para este acto, contesté, lisa y llanamente: «Estoy dispuesto a todo lo que se me ordene.» Y fiel a este principio mío de disciplina, le pregunté: «¿De qué hablo?» Y me dijo: «Es conveniente que hable usted de Sanidad.» Y aun teniendo en cuenta que yo he ofrecido a un sector de los compañeros nuestros, a uno de los que yo más quiero y de los que yo más estimo, dar sólo a ellos una conferencia dedicada exclusivamente a Sanidad, no he tenido ningún inconveniente en aceptar el tema y la orden de venir aquí a hablaros de la Sanidad; pero a hablaros de ella de una manera retrospectiva. Yo no quiero de ninguna manera hablar de la Sanidad en el momento actual, porque la Sanidad, sobre todo la de guerra, está en manos de camaradas nuestros, y yo, leal a mis compromisos de socialista, debo, en todo momento, ayudarles, y nunca

crearles un obstáculo. Es más: si por las circunstancias o por el tiempo llega un día en que ellos necesiten mi ayuda, saben que siempre la tienen leal, noble y desinteresada.

Pero el que yo no hable de Sanidad actual no quiere decir que yo no señale, en el transcurso del año y pico que llevamos de guerra y de revolución, las faltas, los errores, las inconsecuencias que, en Sanidad de Guerra y en Sanidad civil, han ocurrido, y no con un fin crítico, exclusivamente, sino con un fin crítico histórico, para que de los errores que se han padecido puedan salir las fuentes de la verdad y el mejor desenvolvimiento sanitario para el porvenir.

COMO ERA ANTES LA SANIDAD MILITAR :-: :-:

Cuando estalló la guerra hubo, como ha habido siempre en España, dos Sanidades: una, civil; otra, militar. Entonces, la Sanidad militar no era, prácticamente, nada. Si algo era la Sanidad militar, en muchos sitios, era una or-

ganización podrida, y digo podrida porque obligó a los Gobiernos, en muchísimas ocasiones, a mandarle revisores, fiscalizadores, censores de su conducta, porque se daba la irregularidad manifiesta, como en todos los órdenes nacionales, de que el rico, el poderoso, era inútil, estrecho de pecho o corto de talla, y el pobre, el desvalido, siempre era útil, ancho de pecho y buen mozo. (Risas.) Pero llegó la guerra y la Sanidad militar se vió obligada a crear un organismo rápidamente, bruscamente, de una manera acelerada, para atender a todas las necesidades del frente y de la retaguardia. Por eso, en los primeros momentos de funcionar la Sanidad de guerra, tuve para ella todas mis alabanzas y todas mis disculpas. La Sanidad de guerra tuvo que crearlo todo. Talento necesitan los hombres, buena voluntad y muy buenos colaboradores para crear de pronto un organismo de la gran envergadura del que tenía que crear.

Hay más: en Sanidad de guerra yo he sostenido, y lo he hecho con argumentos firmes que no son del caso, pero que os convencerían rápidamente, que en los hospitales de guerra como en los de pago no debe haber más que el personal imprescindible, el personal exclusivamente técnico: el cirujano. Pero lo demás, ¿por qué han de ser hombres? ¿Por qué han de ser hombres cuando muchas camaradas nuestras—a pesar de que tanto se habla de que hoy nos sobra dinero—están pidiendo limosna? En un hospital, habiendo uno que opere, los demás pueden ser todas mujeres, y, si no, copiar del ejemplo de los antiguos: todos los cirujanos antiguos tenían la bribonería—muchos están en nuestras filas con un carnet que da gloria verlos—de hacer ayudantes a sus mujeres y a sus hijas. ¡Ah! Pues si servían antes las mujeres para ayudar a sus maridos, ¿por qué no han de servir hoy las camaradas para ayudarnos? Sobran los hombres, porque es vergonzoso, a mí me da vergüenza siempre el verlo—y yo no he estado en hospitales; casi siempre me he hallado en los frentes—, me da vergüenza ver esos hombres de veinticinco años, con botas bien charoladas, y con una cosa que no sé ni quiero saber cómo se llama, porque nunca me he vestido de máscara, y que no sirven más que para decir en la puerta: «Camarada, ¿traes pase?» Y era menester contestarle: «Pasa tú a la trinchera y deja a una pobre anciana»... (Los aplausos impiden oír las últimas palabras del orador.) Y realmente sería inacabable, porque a la sombra de esto, con esta protección, con este caciquismo, no os chocará que haya médicos que no tapen las heridas para que se pongan en contacto con las moscas, que es un buen aliciente. No os chocará el trato que se da a cualquier desdichado por delitos muy pequeños comparados con la grandeza del acto que realizaron cuando fueron heridos por defendernos. No os chocará que haya hospitales con presupuestos enormes para cerveza, cocteles y bebi-

das para el personal, que está muy cansado.

Y basta como panorama. No hace muchos días una camarada nuestra — quizá esté presente — fué a pedir que le dieran un puesto en un hospital. Por cierto que la pobre mujer, bien educada y fina, pedía oficio de lo que la quisieran dar, de fregadora, de lo que fuese.

—Espérate, camarada. No hay sitio.

Pero en ese mismo momento se colocaba a una mujer, quizá no más bonita ni más fea, pero sí mujer de uno que está cumpliendo cuatro años de condena por fascista. (Aplausos.)

¡Y luego, cándidos que sois todos, y yo también, preguntáis dónde está la quinta columna! Está entre nosotros, entre los que no cumplen con su deber. Ahí está la quinta columna, entre los que hemos hecho dejadez de las facultades que nos enseñaron los antiguos o entre los que están buscando — de todo puede que haya — una patente de seguridad para el porvenir. Hay mucha gente que aún cree que puede Franco entrar en Madrid y quiere tener valedores para que en el día en que eso pudiera llegar poder alegar que su conducta fué tibia, y que él no fué más que un pobre liberal. ¡Sinvergüenzas! (Muy bien. Aplausos.)

Y ha habido un hombre que ha pedido una cosa, nada más, en guerra y la está pidiendo hace mucho tiempo — y con esto termino esta parte —: el nombramiento de inspector de hospitales en la zona leal. Y no con fin ejecutivo, porque yo no quiero ejecutar nada, porque a mí no me interesa, sino fiscalizador, para poder decirle al Gobierno: «En tal hospital se cura y en tal no; en tal hospital hay fascistas y en cuál sobra personal; en tal hospital no se come y en este otro se come demasiado. Ahí tenéis el informe; cumplid con vuestro cometido.»

Y no he tenido galones, no los necesito; no he tenido dinero; cobro mi sueldo de municipal y me conformo. No he pedido nada más que el nombramiento. Ni contestarme.

UN HOSPITAL EN EL QUE SOLO HABIA FRAILES, Y POR MATERIAL SANITARIO, LITRO Y MEDIO DE ALCOHOL :-: :-: :-: :-:

Vamos a la Sanidad civil. En Sanidad civil yo tuve la fortuna de incautarme de un hospital en Madrid, donde yo hube sido cirujano por oposición hace veinte años, y de donde por mis malditas ideas fui echado por los que aquello regentaban, que eran los frailes franciscanos. Fui echado y he estado veinte años, día por día — yo soy muy tenaz —, luchando, no por volver al sitio, que no ofrecía grandes ventajas — puesto que por seis u ocho horas de trabajo diarias percibía treinta y siete duros al mes; fijaos que no era una ganga —, pleiteando por fuera, sino que por ha-

ber ganado mis oposiciones muy legítimamente me sentía herido al ser expulsado sin motivos.

Y ya había perdido la esperanza de volver — lo digo con claridad —, de volver a ese sitio. Pero un día amaneció Madrid en revolución y yo dije: Este es el momento. Fui a la Casa del Pueblo, me dieron un documento autorizándome para ello y me incauté del Hospital de la Venerable Orden Tercera, que está en la calle de San Bernabé. El mismo día que me incauté tenían puesta los frailes una bandera con la Cruz Roja, y parecía que estaban dispuestos a fingir que hacían algo, porque esa misma tarde entró un herido grave, que aún vive — Antonio Vázquez, presidente de la Casa del Pueblo de Alcobendas —, y cuando fui a buscar las cosas precisas para la operación me encontré con que todo lo que había de material de Sanidad y elementos de cura era litro y medio de alcohol; y, sin embargo, tenían puesta bandera de la Cruz Roja. Se operó. Se salvaron aquellas situaciones, y yo, al día siguiente, no sólo porque creí cumplir con un deber entregando al Ayuntamiento el hospital, sino porque éste era del pueblo, lo hice a dicho organismo en la creencia de que por ser del pueblo él era quien debía regentarlo. Y entonces se convirtió en patrono de dicho hospital y yo quedé en el cargo de director, debido a la bondad de los concejales.

De cómo allí se trabajó tengo muchísimas pruebas. Y baste deciros que en cuatro meses que pudo funcionar en Madrid tuve siempre 120 ó 130 heridos; allí asistí a toda la tragedia del valle del Tajo, y tengo la satisfacción de que muertos o vivos, curados o aliviados, yo presté mi atención, mi concurso y mi cariño a todos los que allí fueron a parar; allí asistí a las víctimas de aquella bomba trágica que cayó en la Puerta de Toledo, que ocasionó tantas desgracias. Allí me pasaba la vida y me pasaba con un gusto enorme las veinticuatro horas del día, dentro del hospital, trabajando con los muchos hombres buenos y honrados que colaboraron conmigo; allí creé clases de enfermeras y más de 120 tienen un título expedido por mí; allí se daban conferencias médicas; allí se hizo todo lo que humanamente se pudo hacer en cuatro meses, hasta que nos bombardearon el hospital y empezaron a entrar los proyectiles de artillería, por cuyo motivo hubo que evacuar.

Y he leído un día en un periódico — bastante después — una información en la que se decía que la Sanidad de guerra era caótica en Madrid, y que el único que la había arreglado era fulano de tal. Y yo decía: Bueno, mala información. Este periódico no había estado nunca en el Hospital Municipal de Cirujía, porque éste, bien o mal dirigido, brillantes o no sus cirujanos y su personal, lo único que no era era caótico, porque funcionaba con una regularidad, con una formalidad, con asiduidad y utilidad que no recibíamos más que plácemes de todo el mundo. Pero, claro

está, lo que nos pierde en España es la labor partidista de que lo que no haga yo o un camarada mío tiene que estar forzosamente mal hecho.

Aquello hubo que cerrarlo, y no hay que pasar en silencio la noche que se evacuó.

El 7 ó el 8 de noviembre era una noche fría y lluviosa — no creáis que es principio de ninguna novela; es que voy a relatarlo tal como ocurrió —. A las tres de la mañana comuniqué yo con el Ayuntamiento de Madrid, diciéndole: Desde aquí vemos todos los días a los fascistas a menos de 500 metros. Yo no tengo personalmente ningún miedo a que lleguen a Madrid, porque yo estoy bueno y el personal subalterno también lo está y podríamos huir; pero yo tengo un miedo enorme a una cosa tan trágica como la que aquí puede ocurrir una noche. Una noche pueden entrar los fascistas, y estamos hartos de leer sus crueles y brutales procedimientos, y pueden decir: manos arriba, y no fusilarnos a nosotros, sino a los pobres heridos que están en sus camas. Esto para mí sería doblemente doloroso, porque me pondría en el dilema en ese punto de conciencia tan difícil de resolver: «¿Huyo, no huyo?» Y yo creo que hubiera contestado mi conciencia, diciendo: «No huyas; muere al lado de tus heridos; eso es lo honroso.»

Consulté al Ayuntamiento y me dijo: «Tiene razón que le sobra; vamos a evacuar rápidamente el hospital. Usted va como director en la evacuación; y yo — me decía el que hablaba como delegado del Ayuntamiento — espero en el teléfono su determinación.» A los diez minutos me contesta: «El ministro de la Gobernación dice que ni hablar de eso; sería un escándalo en Madrid; sería tanto como provocar un conflicto el evacuar 80 ó 100 heridos...» Ni una palabra más — dije yo —; me resigno a mi papel, y los evacuaré como pueda.» Pero lo triste del caso, camaradas, es que a los diez o quince minutos de darme esa orden terminante de no evacuación del hospital, de que era una vergüenza, de que era un escándalo para Madrid el sacar de las camas en aquellos momentos a 80 desgraciados y desgraciadas que podían sufrir un fusilamiento, salían corriendo por la carretera de Valencia coches y más coches en los que se marchaba muchísima gente que tenía la obligación de quedarse en Madrid y que, además, estaban en sitios en donde no les podía pasar absolutamente nada. (Muy bien. Aplausos.)

Me llevé el hospital a Arganda por orden de Guerra, y estuve al servicio de la Internacional. Yo no os puedo decir grandes cosas de este episodio, porque lo he de hacer muy extensamente en otra conferencia. Sólo os diré que de allí salí siendo muy amigo de los soldados de la Internacional; tan amigo, que la noche vieja del año pasado me obligaron todos, uno por uno, a que los besara, y los besé. Y tengo que deciros que cuando los besé me corrieron las lágrimas, porque pensaba al hacerlo que be-

saba a unos hombres que habían venido a defendernos espontáneamente, idealmente, abandonando sus hogares, sus hijos, sus mujeres, sus patrias...; y yo al besarles me creía que era para cada uno de ellos su mujer, sus hijos y su patria. (Muy bien; muy bien.) Ellos me regalaron — en casa está — una palmera hermosa con una bandera republicana y la hoz y el martillo. Todavía van a mi casa — adonde no dejaron de ir en mucho tiempo — a dormir y a comer los internacionales que andan por Madrid y se encuentran sin abrigo. Y son recibidos con el mismo cariño, con la misma emoción y con la misma satisfacción con que es recibido mi hijo cuando viene del frente y le doy un abrazo. (Muy bien. Aplausos.) Sin embargo, fué para mí muy doloroso el hecho de que unos cuantos hombres torpes — me quedo en torpes — acudieran (porque en mi conducta no encontraban un resquicio para poder despedirme, pues tuve la suerte de que por mi experiencia, por mis años o por lo que vosotros os queráis creer así sucediera) a despedir a todos mis camaradas sin motivo, fundamento, razón ni expediente alguno. Y fueron despedidos diez o doce camaradas que no habían cometido otro delito que el de cumplir exageradamente con su deber. Y yo, en el momento triste de la despedida, les dije a estos camaradas que yo no esperaba para ellos ni cruces, ni condecoraciones, ni nada semejante; pero si esperaba del Gobierno de la zona leal, no precisamente la despedida, sino unas palabras de aliento, de consuelo y de satisfacción para estas pobres mujeres, que se pasaron noches enteras de vela y días y días sin comer, barriendo, fregando y haciendo otros menesteres que no eran de su incumbencia. Y yo dije: «¿Habéis despedido a estos camaradas míos? Pues me habéis dado a mí el cese.» Porque yo, dondequiera que haya un camarada que cumpla con su deber, me solidarizo con él de tal manera, junto de tal modo con ellos mi cuerpo y mi alma, que ofensa que se les haga, ofensa que se me hace a mí; y despido que se haga, despido que se me hace a mí. Y abandoné el hospital con toda la tristeza que da el abandonar el producto de una labor de ocho meses. No os quiero ocultar mi tristeza. Lloré como llora un chiquillo, mejor dicho, como lloran los hombres cuando tienen amor a una causa que la creen santa y, además, se ven atropellados por gentes que no han probado esa misma lealtad. (Muy bien.)

**UN HOSPITAL QUE EN
VEZ DE ABRIRSELE PARA
CURAR, LE SAQUEAN Y
LE DEJAN HASTA SIN LAS
CAÑERIAS DEL AGUA :-:**

Y se acaba esta parte. Volví a Madrid y fui al Ayuntamiento a recabar la apertura inmediata, otra vez, del Hos-

pital Municipal; primero, porque era del proletariado madrileño y, realmente, nos habíamos excedido un poco al privarle de él, y, segundo, porque ya retirado el frente, el peligro de los bombardeos por la artillería era exactamente el mismo en la calle de San Bernabé que en cualquiera otra de Madrid. Y allí podíamos servir al pueblo, como era nuestra obligación, porque la retaguardia también está necesitada de este servicio y la vanguardia va estando, de día en día, mejor atendida; pero la retaguardia, a mí me consta, como médico que soy de la Beneficencia municipal, que está muy mal servida. Parece que todo lo urgente es de la guerra, como si en la retaguardia no hubiera embarazos extrauterinos, hernias estranguladas, caídas que producen graves fracturas, etc., etc. Y quise abrir el hospital; pero no pude. Impedimentos, dilaciones... No se pudo abrir el Hospital municipal. No obstante, fui muchas veces más al Ayuntamiento con las mismas pretensiones; pero nunca obtuve resultados positivos. En cambio, en el mes de abril, en presencia de un alcalde que sólo duró quince días, y que recordando la frase de «El Quijote», os diré que «de cuyo nombre no quiero acordarme», se cedió rápidamente este hospital a una organización de Madrid, y yo aún decía, como aquel padre que quiere mucho a su hijo: «Bien; se lo han cedido a una organización; lo van a utilizar en beneficio de nuestros heridos de guerra... ¡Pues qué más podíamos apetecer! ¡Pues, muy bien! Cien camas más o ciento cincuenta camas más que tendrán los heridos que vengan de las trincheras. ¡Encantado!» Pero no fué así. A esta organización le dió miedo permanecer ahí — a mí también me lo hubiera dado; pero yo lo hubiera sabido disimular —, y en lugar de abrir el hospital, ¿sabéis lo que hizo? Saquearle, devastarle, dejarle hasta sin las cañerías del agua. Han dejado un hospital, que valía muchos miles de duros, como a una mujer hermosa que se la quita toda la composición y que, por seguir quitándola, se la quita hasta la carne y se la deja en el esqueleto. Así ha quedado el hospital. En mucho tiempo no servirá para nada. Y esto es consecuencia de la labor realizada por un alcalde, cuyo nombre señalaré a su debido tiempo, para que el pueblo de Madrid sepa cómo juegan con sus intereses muchos hombres que no tienen solvencia y que son alcaldes como yo podía ser cobrador de Contribuciones, si no tuviera qué comer, por ganar un sueldo. Y sigo pleiteando, aunque ahora os puedo decir que, al parecer, la cosa se ha encauzado, y os adelantaré que es muy posible que, muy pronto — si a alguna Comisión de la que formo parte y a alguien que me está escuchando, les da la gana de activar su trabajo —, dispongáis de un hospital municipal en Madrid, para atender a los enfermos de la retaguardia, que son muchos y bien lo necesitan.

Y voy a terminar. Os queda que oír dos palabras autorizadísimas, sobre todo la del compañero Samperio, nuestro presi-

dente, que tiene mucho y muy sabroso que decir.

Veis todas estas heridas, todas estas intrigas, todos estos martirios que se relatan muy pronto, pero que se sufren despacio. Pues no os importe. A mí no me importa. A la espalda me echo yo todo eso ante la suprema razón de ganar la guerra y ser antifascista de verdad. ¡Por la espalda! He olvidado todo y no quiero de ello nada más que las enseñanzas que se puedan aprovechar, porque os digo que, en momentos tan graves como los presentes, en momentos tan trágicos — y no para la vida, porque la vida se puede perder sin ir a la guerra y sin que le caiga una granada, de una manera innoble, por una enfermedad vulgar, que hasta resulta repugnante morir así, pues el morir combatiendo en las trincheras o de una explosión de una granada es hasta elegante, es una muerte noble y digna —, no se puede uno ocupar de estas cosas pequeñas, de estas rencillas personales. Es por la honra nuestra, por la honra de nuestras mujeres, por el porvenir de nuestros hijos. Por esto es por lo que os digo que debemos olvidar todo, que debemos cancelar todo, que debemos ayudar todos, de buena fe, a los que dirigen, juntando, no los codos, sino los corazones sangrantes, los espíritus... No retrocedamos un paso; sirvamos con lealtad donde nos pongan, hagamos lo que nos ordenen. Todo esto, camaradas, mientras quede en España un solo fascista, que quiere decir un asesino. Nada más. (El público le ovacionó largamente.)

El presidente del acto lee la siguiente carta recibida:

«En el frente, a 27 de agosto de 1937.

**Al Comité Central de la Agrupación de
Dependientes Municipales (U. G. T.).
Madrid.**

Los camaradas que pertenecemos a esta Agrupación y a sus diferentes Secciones de la misma enrolados en la 34.ª Brigada Mixta os participan la alegría que sienten al tener noticias de que celebráis un acto el próximo domingo para dar público conocimiento de vuestras gestiones.

Vemos con gusto que procederes así se hagan en la retaguardia, reconociendo la inmensa labor que prestáis al Gobierno del Frente popular, y especialmente a nuestro querido pueblo de Madrid. Con vuestro esfuerzo contribuís también a la heroica resistencia del sitio a Madrid por las tropas facciosas, defendiéndolo desde vuestro sitio en igual forma que nosotros desde las trincheras.

Sentimos no poder estar presentes ese día para poder comunicaros nuestra fe en la victoria; pero vaya por adelantado nuestra más sincera adhesión a ese acto, a nuestra Agrupación y a su Comité Central, que sabe interpretar la

línea justa del momento, al contrario de otros, que con su conducta dudosa sólo saben crear conflictos a nuestro Gobierno; pero gritemos todos: ¡Adelante por la victoria en un solo bloque!

Vuestros y de la causa.
Los camaradas municipales de la 34.^a
Brigada Mixta. — Por todos,

Jaime ALCON.»

Discurso del camarada Francisco Rebosa Moreno, secretario accidental de la Agrupación

Compañeros municipales y antifascistas de Madrid:

El Comité de la Agrupación me indicó hace unas horas la necesidad de que el secretario accidental de la Agrupación interviniera en este acto, sólo y exclusivamente para tratar de un problema determinado, fijándome ya, de antemano, cuál había de ser la cuestión que yo había de plantear ante los compañeros del Municipio aquí reunidos hoy y, a la vez, ante el pueblo de Madrid, con el fin de darles a conocer la situación de este problema con lo que yo pueda decir.

Difícil es, para mí principalmente, el tratar un tema tan interesante como es el que me indicó la Agrupación. Pero, a pesar de ello, yo he de procurar exponer aquí las experiencias recogidas durante el tiempo que vengo actuando en el mandato que la Agrupación me dió, ya que el Ayuntamiento indicó a ésta que tenían que ser hombres suyos los que se encargaran de dirigir determinados trabajos.

He creído pertinente al venir aquí no hacer ni la más leve insinuación a las cosas de tipo personal. Estimo yo, como hombre encuadrado en la disciplina de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, que no podemos, en manera alguna, plantear problemas de orden personal, sino que, como consecuencia de esta disciplina, hemos de procurar en todo momento tratar las cuestiones en términos eminentemente generales. Nosotros, trabajadores antifascistas, hemos de tener exclusivamente un interés y un solo pensamiento, cuales son los encaminados a ganar la guerra, prescindiendo en absoluto de todo cuanto de ello se aparte.

Una vez dicho esto, yo he de procurar decir aquí cuál es el mandato que el Comité de la Agrupación me dió, por el que me ordenaba que urgentemente me presentara en Madrid para tratar este problema. Hombre disciplinado, repito, no he tenido inconveniente alguno, sino que lo he hecho con todo gusto, con verdadero placer, en desplazarme a Madrid para decirle, para decir a los trabajadores municipales, cuál es la situación de Madrid, y cuál será en lo futuro en un problema tan importante como es el del abastecimiento de su población civil. Para mí, y para la organización que me mandó a trabajar en estas circunstancias, el problema de abastecimiento es algo tan importante que no se puede en forma alguna dejar a un lado o mirarlo de una manera pasajera; es tan importante, repito, que si Madrid está abastecido, que si Ma-

dríd tiene lo que necesita, Madrid será, como hemos dicho muchas veces, «la tumba del fascismo». Pero, si, por el contrario, Madrid no come, si no se resuelve su situación de abastecimiento, su situación económica — y digo situación económica porque, a mi juicio, la cuestión de abastecimientos está íntimamente ligada con la económica —, no cabe duda alguna que Madrid se perdería, y, como consecuencia de ello, también se perdería la guerra. Pero, aunque ni lo uno ni lo otro sucederá, es necesario que prestemos una gran atención a estos problemas y que toda la población de la zona leal, todos los antifascistas que trabajan en la zona leal, pongan todo empeño, todo el esfuerzo necesario para que a Madrid no le falte nada. Si esto se hace, si esto se consigue, es innegable que Madrid será la tumba del fascismo. Pero, si por el contrario, repito, esto no se hace, no tendría nada de particular que el fascismo pudiera arrojar en un momento determinado a Madrid. Y la consecuencia es clara, camaradas. Si a Madrid le exigimos que resista, si a Madrid le exigimos que se porte heroicamente, si a Madrid le exigimos que diariamente queden sus calles ensangrentadas por la ejemplar resistencia que se hace en él, es muy natural que él, a su vez, pueda exigir a los Poderes públicos — en este caso al Ayuntamiento y al Gobierno — que le tengan perfectamente abastecido, ya que malamente se podría defender si padeciese hambre.

Así, pues, al constituirse el Ayuntamiento de Madrid, se creó una Comisión que sería la encargada de tratar este problema y de procurar resolverlo, o, por lo menos, atenuarlo, ya que éste es extraordinariamente difícil. Esta Comisión empezó a funcionar, y el Comité de la Agrupación, por mandato de la Alcaldía, nombró al secretario accidental de aquella para que se hiciera cargo de la Dirección de Transportes, fuera de Madrid: es decir, para que fuera encauzando, para que fuera dirigiendo todos los víveres que llegaban a los distintos puertos, o estaciones intermedias o terminales del ferrocarril, para enviarlos a Madrid. Y en esta situación, yo me hice cargo del servicio, y entonces pensé, y sigo creyendo hoy, que la situación va cambiando enormemente. Y va cambiando, camaradas, porque el Gobierno del Frente popular que dirige los destinos del país se ha dado perfecta cuenta de que un problema de esta naturaleza no puede en forma alguna estar en manos de dos, tres, siete o veinte individuos, puesto que esto perjudicaría extraordinaria-

mente al abastecimiento de Madrid y a la economía del país en general. Y el Gobierno, dándose cuenta de ello, ha hecho que todo lo relativo a abastos esté centralizado en una sola mano y dirigido exclusivamente por él, en virtud de Delegación o de Dirección general que él ha creado, y de esta forma podrá atender debidamente al problema de abastecimiento no sólo de Madrid, sino de todos los pueblos de la zona leal; pero particularmente del pueblo de Madrid, porque es el que más lo necesita, puesto que en Madrid no tenemos nada, no producimos nada más que elementos de guerra y hombres, que están luchando en las trincheras y que están dejándose la vida en ellas por defender la causa antifascista.

Como consecuencia de esto, el Gobierno creó la Dirección general de Abastecimientos, y después hizo que en esta Dirección convergieran todos los elementos que intervienen en el tan repetido problema de abastecimientos, para que fueran ellos los que lo dirigieran, y creó, además, una Comisión de tipo interministerial, con el fin de que se dedicara exclusivamente al estudio de este problema en Madrid. Vemos, pues, cómo el Gobierno, preocupándose de esto, ha hecho no solamente que se obtenga algún beneficio en el resto de la zona leal, sino que, con un doble sentido, además de la Dirección general de Abastecimientos, ha hecho que intervenga en estas cuestiones la mencionada Comisión interministerial, que innegablemente ha de sacar grandes frutos para Madrid.

Una vez hecho esto, la Dirección general de Abastecimientos, a mi juicio, camaradas, ha enfocado el problema de una forma tan clara y tan admirable, que yo estimo es la única manera de ir, como decía antes, a la solución total del mismo, o, por lo menos, a atenuarlo en una medida considerable. Y así, ha hecho que todo lo relativo a los problemas de exportación e importación quede en sus manos, evitando de esta forma que haya Comités, Consejos y particulares que traten el problema de abastecimientos por su cuenta. De esta forma, él ha de ser exclusivamente el que trate este asunto, y el que exporte e importe para atender a las necesidades de la zona leal.

HAY SINVERGUENZAS QUE ESPECULAN CON EL HAMBRE DE MADRID :::

Todos los antifascistas de la zona leal están obligados a ayudar al Gobierno, a ayudar a los Ayuntamientos. ¿Cómo? Trabajando intensamente; trabajando no ocho horas, sino diez, quince o veinte si fuese necesario, con el fin de que de los propios productos de nuestra tierra pueda sacar el Gobierno las divisas necesarias oro para hacer frente a la importación. De esta manera se evitaría el que cuatro sinvergüenzas, cuatro desaprensivos que andan sueltos por ahí estén especulando exclusivamente con el hambre de los pueblos, y, principalmente, con el hambre de Madrid. Estos especuladores, estos sinvergüenzas, que no

se hacen cargo de la responsabilidad histórica por que atraviesa nuestro país, cogen mercaderías que valen una peseta, y después, aprovechándose de la situación de hambre y agobio, vienen al pueblo de Madrid, o van a otros pueblos, para cobrar quince pesetas por aquella mercadería. Todo esto quedará resuelto totalmente si el Gobierno sigue la misma táctica, el mismo procedimiento que ha emprendido; es decir, centralizar todas las funciones, evitando así que haya mercaderes que se lucren con el hambre y la agonía de los pueblos.

Pero es que, unido al problema de abastecimientos, camaradas, íntimamente ligado a él, va otro problema, también de gran importancia, que nos ha creado la guerra. Vosotros sabéis que, como consecuencia del levantamiento fascioso, la inmensa mayoría de las vías de comunicación quedaron en poder del enemigo, y esto nos crea el problema del transporte, que ya lo tenemos planteado. A mi juicio, no se podrá solucionar el abastecimiento de Madrid si previamente no solucionamos, o, por lo menos, tratamos de solucionar el problema del transporte. Está tan compenetrado el uno con el otro, que si no resolvemos los dos al mismo tiempo no encontraremos solución al problema del abastecimiento.

COLECTIVIDADES QUE EXPLOTAN COMO PATRONOS LOS ELEMENTOS MECANICOS DE QUE SE INCAUTARON :- :- :- :-

Pero el problema del transporte, camaradas, puede hoy, a mi juicio, resolverlo el Gobierno definitivamente, y lo resolverá porque en sus manos tiene los instrumentos necesarios de tipo mecánico para poderlo resolver. Pero interesa también que conozca el pueblo de Madrid que no todo puede y debe resolverlo el Gobierno, sino que algo también podemos y debemos hacer nosotros. Y así se da la circunstancia de que mientras Madrid hoy pasa apuros por adquirir alimentos —y esto os lo dice quien lo conoce—, pero quizá no sería justo que yo hablase aquí de ello teniendo una representación como es la del Consejo municipal, genuina representación del pueblo de Madrid, y os diera yo datos y cifras cuando hay un alcalde y unos consejeros que, queramos o no, en tanto no se demuestre lo contrario son nuestra genuina representación en el Consejo, como son también la representación de los partidos políticos que intervienen en la lucha contra el fascismo y de las organizaciones sindicales que se encuentran en las mismas condiciones, y, como consecuencia innegable de ello, es el Ayuntamiento quien lo debe hacer, os puedo asegurar que Madrid comerá, y que hoy tiene los alimentos, si no necesarios, si los suficientes para hacer frente a las eventualidades que se están presentando, y probablemente pasado mañana se pueda hacer frente a otras eventualidades de tipo mayor que se puedan presentar. Pero se nos dice, y hemos dicho cons-

tantemente, que hay que ayudar a Madrid. Y ha habido organizaciones, camaradas, que, noblemente, dándose cuenta desde el primer momento de que el transporte era uno de los elementos que podían resolver o atenuar la situación del abastecimiento de Madrid, en cuanto se constituyó el Consejo municipal aportaron todos los elementos de tipo mecánico que tenían para que él dirigiese el servicio y sacara todos los frutos que era necesario sacar de esos elementos de tipo mecánico. ¡Ah, pero no todo el mundo hace lo mismo. No todos hacemos lo mismo, camaradas. A partir del movimiento insurreccional nadie tenía medios de transporte, y si los tenían estaban en manos de la propiedad privada; y ahora resulta que estos elementos de transporte pasan a manos de las colectividades. Pero, ¿cómo? Explorando exactamente igual que si fueran de los particulares esos elementos de transporte. (Aplausos.) ¿Y cómo, camaradas, se explotan estos elementos de tipo mecánico que son vitales para el pueblo y para la defensa de Madrid? Pues exactamente igual que si nosotros, pueblo de Madrid, fuéramos un mero cliente suyo, cobrándonos a 173,80 pesetas cada viaje que nos hacen desde Aranjuez a Madrid. Esto no puede ser. He aquí el principio, el carril para ir a la solución de este problema o para atenuarlo, porque ya he dicho que es muy complejo y no se podrá solucionar totalmente. Pero quien tenga 30 ó 40 camiones tiene que saber el pueblo de Madrid que no son suyos, que han sido elementos de la propiedad privada y que, como consecuencia del movimiento insurreccional, se han apropiado de ellos, cosa que en los primeros momentos estuvo muy bien, pero hoy hay que ponerlos en manos de los Poderes legítimamente constituidos, para que ellos hagan lo que crean pertinente en beneficio del pueblo de Madrid (Aplausos), pero no cobrarnos como si fuéramos meros clientes, como si en España, a partir del movimiento fascista del 18 de julio, no hubiera ocurrido nada. Es mucha la sangre, es mucha la agonía, son muchos los sinsabores que Madrid está sufriendo a partir del 18 de julio para que aún haya quien se constituya en patrono sin haber sido nadie. Y esto mismo, camaradas, que se dice de ayuda a Madrid, que no es tal, que lo pagamos todos nosotros, que lo pagas tú, pueblo de Madrid, de tu peculio, es una cosa igual que si la casa Marrón y Quelle en otros tiempos nos hiciera un transporte y hubiera que abonársele.

DEBEN ESTAR UNIDAS LAS TRES RAMAS DEL TRANSPORTE PARA EL BUEN ABASTECIMIENTO

Pero no es solamente esto. A mi juicio, tienen que estar íntimamente unidas las dos ramas del transporte, y a ser posible las tres ramas del transporte que intervienen de una manera definitiva en el abastecimiento de la zona

leal para llegar a una solución: el transporte marítimo, el férreo y el que se realiza por carretera. Es necesario que estos tres elementos intervengan íntimamente unidos. No se me oculta —ni creo que a vosotros tampoco se os ocultará— que sobre todo uno de estos elementos, como es el marítimo, dadas las circunstancias que concurren en la navegación, y teniendo en cuenta el estado de piratería que existe, sobre todo en el mar Mediterráneo, es muy difícil coordinarlo con los demás; pero el transporte férreo —lo poco que nos queda— y el transporte por carretera si son susceptibles de coordinación; podemos y debemos coordinarlos. ¿Cómo? Siguiendo una política de austeridad, siguiendo una política inteligente, una política en la que no jueguen los intereses particulares ni de partido u organización; una política en la que sólo jueguen los intereses generales de la colectividad. Y, como consecuencia de esto, es necesario que aquellas organizaciones que tienen medios de transporte se los entreguen al Gobierno para que éste, a través de su Dirección general de Abastos, establezca las normas a seguir en materia de distribución y transporte. Si la distribución funciona como es debido, si la distribución funciona como desde hace días está funcionando, y si el transporte, íntimamente ligado con esa Jefatura de Transportes creada en la Dirección general de Abastos, dirigida por un compañero de la Unión General de Trabajadores, que sabe perfectamente tratar este problema porque permanentemente desde que tuvo uso de razón ha estado tratando problemas de transporte, yo os aseguro que la situación ha de resolverse; pero ha de resolverse también —repito— entregando todos los medios de transporte al Gobierno y dirigiéndolos éste como crea pertinente y sin injerencias de ninguna naturaleza. De esta manera, a Madrid no le faltará carne, no le faltará pan, no le faltarán huevos..., no le faltará de nada en absoluto.

SE HABLA MUCHO DE AYUDA A MADRID, PERO NO ES VERDAD. A MADRID NO SE LE AYUDA; SE VIVE DE MADRID, QUE NO ES LO MISMO :- :- :- :-

Además, en el problema del transporte juega otro elemento importantísimo, que vosotros, o la inmensa mayoría, desconocéis, como a mí me ocurría. Pero ahora que lo conozco, no quiero que Madrid, si no lo sabe, por lo menos siga permaneciendo en la ignorancia porque yo me lo callara. Este otro elemento a que me refiero es el de arrastre marítimo y terrestre; es decir, la descarga marítima y la carga terrestre. Más claro: llegados los buques a puerto leal tienen que ser descargados por elementos de La Marítima, por trabajadores de La Marítima, y después, cargados en camiones o vagones por compañeros trabajadores de La Terrestre. Y yo digo, cama-

radas de La Marítima y de La Terrestre: Hasta ahora, vuestras organizaciones —porque no creo que seáis vosotros— no hacen lo que debieran hacer, no trabajan con aquella intensidad, con aquel ritmo que la guerra nos exige a todos. Es necesario que los hombres, que los antifascistas en general, trabajen a una velocidad completamente distinta a como se trabaja hoy. Si no se trabaja en estas condiciones, quiero decir también, pueblo de Madrid; si resolvemos la situación del transporte mecánico, si resolvemos la situación del transporte férreo, y si pudiéramos unir el transporte marítimo a estos dos, nada habríamos conseguido si La Marítima y La Terrestre no cumplían con su deber trabajando a la velocidad que deben trabajar y que exigen las circunstancias en estos momentos. ¿Sabéis por qué? Clarísimo, camaradas. Porque en Madrid se pasa hambre; en Madrid se sienten todos los días los estallidos de las granadas enemigas; en Madrid se ven todos los días sus calles regadas con sangre de sus habitantes... Pero fuera de Madrid no se siente nada, no se ve la tragedia ni la desgracia. Y se da la circunstancia de que los trabajadores de fuera de Madrid (lo digo con mi exclusiva responsabilidad), como no sienten nada de esto, hablan mucho de «chinchín» de ayuda a Madrid; pero no es verdad. A Madrid no se le ayuda: se vive de Madrid, que no es lo mismo. (Muy bien, muy bien.) Se da la circunstancia de que donde intervienen estos tres elementos, estos tres factores a que me refería, y que han de resolver la situación del abastecimiento de Madrid se trabaja todavía ocho horas. Y cuando se entra a trabajar a las ocho de la mañana y «baja el bolo», como se dice en el «argot» de ellos, a las doce, ya pueden tener un camión a medio cargar, que allí se queda hasta las dos de la tarde. Así no podemos resolver la situación del abastecimiento de Madrid. Y cuando tienen un vagón a medio cargar en puerto para que salga inmediatamente en un tren directo hacia Aranjuez o Tarancón, como estaciones terminales o intermedias—según estimemos hay que considerarlas—, y dan las seis de la tarde, no se echa ni un solo saco de garbanzos al vagón. Y esto no puede ser. Cuando se habla de ayuda a Madrid; hay que hacerla; pero una ayuda desinteresada, noble, digna, excelsa, entregando toda nuestra potencia, todas nuestras facultades físicas e intelectuales a esa ayuda a Madrid, porque es ayudar a ganar la guerra.

Y hay más. No se ayuda a Madrid, no se podrá resolver la situación del abastecimiento, íntimamente ligada, repito, al transporte, si previamente no se quitan todos los vicios. Y lo digo ahora, que me escuchará alguna Delegación—no el Gobierno, porque ése, ¡pobres de nosotros!, no nos escuchará—, para que se sepa que tiene que haber una mano férrea que apriete en los puertos y en las estaciones del ferrocarril para que se terminen los robos. Y, afortunadamente, en las estaciones de ferrocarril podemos hacer alguna excepción. Los ferroviarios hoy, dentro de las líneas ge-

nerales—no quiere decir que dentro de una colectividad no pueda haber cuatro malvados que hagan cuatro cosas feas—, se están portando como verdaderos antifascistas. Pero, en líneas generales, el ferroviario se está portando como debe: mas no sucede lo mismo con todo el mundo. Porque no es el hecho de lo que se sustrae, sino el hecho de que para hacer la sustracción se estropea género y se tira. No hace muchos días tuve que colocarme en una posición de violencia, de fuerza, para defender los intereses que se habían confiado con ocasión de cargar una tarde cuarenta vagones. Cuando no se quería cargar se pegaban puñaladas a los sacos para coger dos kilos de garbanzos, que se llevaba cada uno a su casa. Esto es necesario terminarlo. ¿Cómo? Yo tengo una opinión: siguiendo una línea política justa de índole económica, cual es la que está siguiendo el Gobierno con la Dirección general de Abastecimiento. ¿Cómo? Militarizando los puertos, haciendo que a los trabajadores de los puertos, ya que ellos, al parecer, no tienen clara conciencia de la responsabilidad del momento histórico por que atraviesa nuestro país, se la imponga el poder ejecutivo del Gobierno, y se la imponga obligándoles a trabajar quince o veinte horas si son necesarias, o hasta caer agotados, extenuados, cuando no puedan trabajar más. En tanto haya un átomo de fuerza, en tanto podamos seguir desenvolviéndonos físicamente, hay que trabajar.

Yo os digo, camaradas, que hoy, ayer y toda esta semana, que hemos estado cargando carne para Madrid, se daba el caso vergonzoso—y lo digo a los camaradas de Valencia, por si hay alguno que me pudiera oír en estos momentos—de que a las seis de la tarde ya no trabajaba nadie en el puerto, cuando había doscientas toneladas de carne por descargar. No puede ser. ¿Qué diríais de los combatientes de las trincheras si a las seis de la tarde soltaran el fusil, el cañón o la ametralladora, o los pilotos de jase de volar y se marcharan porque había terminado su jornada de trabajo? ¿Qué diríais, camaradas de La Terrestre y de La Marítima, si los compañeros que están defendiendo Madrid—que es defender Valencia, porque si Madrid cayera caería Valencia, puesto que no resistía... (Muy bien. Unos prolongados aplausos impiden oír el final de la frase.) ¿Qué diríais, camaradas de Valencia, de Alicante, camaradas—que es el colmo—de Barcelona; qué diríais, camaradas de todos los puertos, si los combatientes de Madrid, si los combatientes del Este, si los combatientes de Teruel, si los combatientes del Sur y de todos los frentes, a las seis de la tarde dejaran el fusil y se marcharan a su casa, o al café, o al teatro, o a paseo? Diríais que vosotros, población civil, retaguardia que estaba trabajando, no podíais seguir así, porque no estaba garantizado vuestro trabajo y vuestra personalidad, vuestra vida y la de los vuestros. Pues seguid el ejemplo de los combatientes. Estos quedan en las trincheras horas más horas, días tras días. Nosotros también debemos seguir al

lado de la carga, al lado del vagón, al lado del camión tantas horas, tantos días y tantos meses como sean necesarios para ganar la guerra. Pero no se hace así. Además, interviene un factor importantísimo, como decía antes, cual es el de tipo económico. Todos sabemos que en algunas industrias, que en algunos trabajos, el trabajador está mejor remunerado. Pero esto ha sucedido en aquellos trabajadores que no tenían conciencia clara de la responsabilidad a que aludía antes; en aquellos trabajadores que han tenido conciencia clara de la responsabilidad del momento histórico que vivimos han dicho que tenían que trabajar, pero que no tenían por qué cobrar en tanto no se solucionara el problema de la guerra. ¡Ah!, pero, en cambio, los elementos de vestido, etc., que tiene que adquirir el trabajador han subido en un cien por cien, y esto contribuye de una manera enorme a la depauperación de los pueblos, de una manera fatal al desgaste eminente de energías y a que no se pueda seguir luchando con aquella intensidad de hombres fuertes, sanos y perfectamente cuidados.

¿Cómo resolveremos esta situación? Esto habrá de resolverse procurando que las mercancías lleguen con el mínimo de coste. Y yo os digo desde aquí, con mi absoluta responsabilidad, que esto no puede suceder, a pesar de que el Gobierno, con una perfecta política, ha puesto una tasa, tasa de la que no se saldría, según se decía en la «Gaceta». «Si se pierde con ella, seré yo, Estado, el que pierda.» Indudablemente, eso habrá que sacarlo de alguna parte. Pero el producto se encarece por múltiples motivos, y así os diría: un barco inglés que llega a puerto, toca tierra, y tiene hecho un contrato de que en siete días ha de terminarse la descarga del buque, si el séptimo día no se termina ésta, el octavo el Gobierno español se compromete a pagar 50, 100 ó 200 libras esterlinas diarias. Veis, pues, cómo la cuestión económica influye de una manera enorme en el esfuerzo que los antifascistas de la retaguardia aporten a esta problema? Si en lugar de descargarse del buque cinco mil cuartos de carne diarios, que son los estipulados, no se descargan más que cuatro mil, queda un déficit de mil; y así nos encontraremos con que, al cabo de siete días, el déficit asciende a siete mil, y serán doscientas libras esterlinas diarias las que el Gobierno estará pagando porque nosotros no hemos hecho lo que debíamos hacer para que el buque, descargando todas las horas que fueran precisas, estuviese descargado en el tiempo contratado. Y esto encarece los productos, porque esas libras esterlinas hay que cargárselas a los mismos. Pero aún hay más. No se trabaja con toda intensidad, y como consecuencia de esto, las capitales que tienen que abastecerse no lo están, porque si necesitan, por ejemplo, cien toneladas diarias de carne y no se han descargado más que quince, no hay manera de que aquí dentro tengamos lo que necesitamos.

EN VALENCIA A LAS SEIS DE LA TARDE NO TRABAJA NADIE EN EL PUERTO

Pero todavía hay más: se sigue bajando exactamente igual que antes, con la rutina antigua, como si no hubiera sucedido nada a partir del 19 de julio para acá, y así nos encontramos con que una mercadería que se descarga de un vapor, y que la misma queda en tierra, tiene otro gravamen en su precio por los guardianes que necesariamente ha de tener para su custodia. Se da el caso de que, al quedar sobre tierra tres sacos de azúcar, por ejemplo, el Estado tiene que pagar 27,50 pesetas diarias por el jornal de un hombre para guardarlos. Esto, queramos o no, influye de una manera enorme en la carestía del producto, y una de las principales consecuencias es la de carecer de las divisas necesarias para atender al total abastecimiento de la población civil.

Pero todavía existe algo que vosotros, trabajadores de Madrid, es necesario que conozcáis. El pasado domingo hubo necesidad de hacer una expedición fuerte para Madrid, y cuando consulté al Sindicato de Trabajadores de la Terrestre y Marítima, me dijeron: «El domingo no trabajamos; pero, si queréis que trabajemos hasta la una de la tarde, nos tenéis que pagar doble.» Esto no se puede admitir de ninguna forma. Es necesario, trabajadores todos, trabajadores de retaguardia, que pongamos todo nuestro esfuerzo y nuestras energías, todas nuestras facultades, al servicio de la causa que tanto deseamos todos, que tanto anhelamos todos que triunfe y que tanto amamos. Si nos seguimos produciendo como hasta aquí; si por una parte se nos cobran los transportes como a un cliente cualquiera; si por otra se nos cobra doble por los propios trabajadores por la jornada del domingo; si por otra, cuando dan las doce del día o las seis de la tarde, no se descarga más; si por otra se hace lo que a cada uno le dé la gana, no habrá posibilidad de abastecer Madrid ni de ganar la guerra. No se gana la guerra en esas condiciones, porque si Madrid cayera, ni Valencia, ni Barcelona, ni nadie sostendría una odisea como la que está sosteniendo Madrid. Yo os aseguro que el resto caería. (Aplausos.)

En estas condiciones, una vez que he dicho cuáles eran las impresiones que yo había recibido—al comunicárselas al Comité de la Agrupación, lo hago en este sentido general, para informe de los afiliados y de Madrid entero—, me resta decir lo siguiente: Que no se hable tanto de «¡Viva Madrid!», que no se pongan tantos carteles, tantos grandes lienzos por las calles de «Semana de Ayuda a Madrid», de «Día de Ayuda a Madrid», de «Mes de Ayuda a Madrid». No queremos tanto; pero sí que sinceramente, noblemente, se sienta la ayuda a Madrid y se haga de una manera desinteresada, porque esto es ayudar a

la guerra; y si no se hace, podemos afirmar que si Madrid cayera, caerían todas las demás poblaciones, y la gue-

rra se terminaría con el triunfo del fascismo. (Muy bien. Prolongados aplausos.)

Discurso del camarada Santiago Samperio

Pueblo madrileño y trabajadores, antifascistas todos: El Comité central de la Agrupación de Dependientes Municipales, afecta a la Unión General de Trabajadores, me confía la difícil misión de dirigir la palabra en estos momentos históricos. Hombre modesto y poco acostumbrado a hablar en público, yo no sé si acertaré a contener mis nervios y comportarme con la mesura que las circunstancias nos imponen a todos; pero no soy hombre que sepa fingir y he de deciros, sin ninguna duda, la verdad tal y conforme la siento. Es necesario que las organizaciones, sobre todo si son de carácter público, como lo es nuestra Agrupación, se den a conocer como quienes fueron, como quienes son y como piensen ser. Y cumpliendo con esta obligación, me vais a permitir que os haga un poco de historia, muy someramente, pero un poco de historia, de cuál fué el precedente de la Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid, que hoy se dirige al pueblo para darle un esbozo de aquellas gestiones y de aquellos trabajos que realizó en los catorce meses que llevamos de guerra.

Fué en 1905 cuando un puñado de trabajadores municipales tuvieron el heroísmo—porque había que ser un héroe en aquella época para decidirse a sindicarse—; fué un puñado de héroes, repito, los que se determinaron a sindicarse y crear una organización desde la cual pudieran defenderse de las injusticias que del Ayuntamiento o de sus representantes recibieran, y allí surgió la primera represión para los trabajadores municipales, puesto que en pleno año 1905 se produjeron las primeras cesantías que sufrieron los trabajadores municipales por apelar al arma más legal y más justa que siempre tuvieron los trabajadores, cual es la de la organización sindical. Aquellos camaradas fueron trabajando, y la organización evolucionó, contando en 1910 con un número bastante decoroso de trabajadores municipales en el seno de la misma. Siguieron trabajando, y llegó el glorioso movimiento de 1917, y en él estuvo presente aquella organización, que, años después, iba a contar en sus filas con la inmensa mayoría de los funcionarios municipales del Ayuntamiento de Madrid. Y hubo encarcelamientos, y también cesantías. Pero siguieron trabajando estos camaradas, y con su esfuerzo, con su sacrificio y con su abnegación, dieron un impulso a la organización lo suficientemente fuerte para que, llegado el movimiento de octubre de 1934, le secundara el 90 por 100 de los trabajadores municipales.

Lo que ocurrió en octubre de 1934 ya lo ha dicho el camarada Hinojosa, y yo no lo voy a repetir. Si debo deciros que

en el año 1934, donde tanto exponía el trabajador español en aquel movimiento, por el Ayuntamiento de Madrid sólo se paseaban los representantes de dos organizaciones sindicales: la Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid y una Federación de tipo señorial, de tipo amarillo, donde para subir a un cargo directivo había que ser, forzosamente, jefe de Negociado o tener alguna gran influencia con alguno de los jefes que mangoneaban el Ayuntamiento; Federación creada con el solo propósito de hacer la contra a la organización que admitía la lucha de clases y, como tal, se presentaba en el Ayuntamiento. Para que os deis exacta cuenta de aquella Federación que nosotros teníamos enfrente, me bastará deciros que, mientras nosotros—me refiero a todos los trabajadores organizados—teníamos clausurados todos nuestros locales y teníamos que funcionar clandestinamente, exponiéndonos a quedar cesantes y a ingresar en la cárcel, aquella otra organización celebraba un Congreso al que asistía el ministro de la Gobernación y el nefasto Salazar Alonso.

EN PLENO BIENIO NEGRO, NUESTRA VOZ TUVO QUE ESCUCHARSE EN EL MINISTERIO DE LA GOBERNACION :- :- :-

Seguimos laborando como pudimos y, afortunadamente, la Agrupación de Dependientes Municipales contó con el número suficiente de trabajadores para que los zarpazos que nos tiraba la bestia que regia los destinos del pueblo de Madrid no pudiera dar en tierra con ella, y la Agrupación de Dependientes Municipales, en pleno bienio negro hizo sonar su voz en el ministerio de la Gobernación, y hubieron de abrirse las puertas de aquella mala persona que se sentó, para deshonor del pueblo de Madrid, en la Alcaldía presidencia, para escucharla y oír de labios de los representantes de la Agrupación las palabras más duras que ninguna representación obrera se haya atrevido a elevar a ningún Ayuntamiento, diciéndoselas a un alcalde que, de un plumazo, era capaz de dejar cesante a todo el que fuera a molestarle a su despacho. (Aplausos.) Es necesario que se digan estas cosas para que cuando intervinamos y hablemos de otros problemas de más envergadura, que yo os voy a decir, nos conozcamos todos y sepamos quién es cada cual.

Seguimos laborando, hicimos suscripciones, atendimos a nuestros represaliados, que, por su número, era poco menos que imposible, y lo atendimos debidamente. Llegó el periodo electoral, que dió

el triunfo al Frente popular en las elecciones célebres de febrero del año 1936, y la Agrupación tomó parte activa en aquella campaña. Pusimos nuestro granito de arena en el montón de volumen incalculable que suponía el porvenir del pueblo de Madrid y de la clase trabajadora española. Y entonces, que se necesitaba llevar dentro un ideal sindical, para que prevaleciera la razón y la justicia, que en todo momento asisten a los verdaderos trabajadores, no encontramos ningún rival en el Ayuntamiento que nos disputara la entrada en él. El rival que existía era mezquino, y después del triunfo electoral no se atrevió a levantar el grito, porque había podido observar que, dentro de la Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid, con motivo de la represión de octubre, había brotado ese espíritu de rebeldía que brota del corazón de los trabajadores ante el explotador, ante el tirano que, con el látigo en la mano, le hostiga. Y seguimos adelante, camaradas. Y ocurrió un hecho que por primera vez voy a decir hoy aquí, aunque no puede servir de alegría para las personas que intervinieron en aquel acto, puesto que, para desgracia nuestra, no los tenemos entre nosotros; pero para orgullo de todos, su memoria perpetuará en la mente nuestra, porque han sido compañeros que en los momentos de gravedad para Madrid supieron meterse en una trinchera y dejarse allí la vida antes de que los fascistas pudieran cruzar las calles de Madrid. Y fue cuando hubo que repetir la segunda vuelta del período electoral.

**COMPAÑEROS NUESTROS
IMPIDIERON EN CUENCA
QUE EL TERROR FASCISTA
SE IMPUSIERA EN LAS
ELECCIONES :-: :-: :-: :-:**

El jefe de los fascistas españoles, en unión del Sr. Goicoechea, tenía hecha su combinación para imponer su candidatura y sacarla triunfante en Cuenca. Había órdenes de que, bajo ningún concepto—porque era una vergüenza para los trabajadores—, se consintiese que ese triunfo subsistiera. Hubo que ir a Cuenca a enfrentarse cara a cara con el caciquismo de aquella provincia, donde los fascistas estaban bien armados y bastante bien parapetados. Y hubo que buscar un número de compañeros resueltos que fuesen a impedir que, por el procedimiento del terror, triunfara una cosa que no era justa. Pues en aquella legión de camaradas madrileños que fueron a Cuenca a impedir que el fascismo triunfara en las urnas figuraban media docena nada más—porque no pudieron ser más—de compañeros de la Agrupación que fueron allí a dejarse matar, si preciso era, antes de que triunfara el fascismo, que ya empezaba a enseñar los dientes, y que nos estaba diciendo la clase trabajadora cuál había de ser nuestro final. Y no prosperó. En aquella ocasión, tampoco tenía la Agrupación de Dependientes Municipales elementos que, llamándose revolucionarios, enturbiaran su labor.

**QUINIENTOS CAMARADAS
DISPUESTOS A MORIR AN-
TES DE ENTREGAR EL
AYUNTAMIENTO A LOS
MILITARES TRAIADORES :-:**

Y llegamos al 18 de julio. Mucho antes de esta fecha ya sabían muchísimos militantes de nuestra Agrupación lo que era dormir sentado en una silla o sentado en el suelo. Pues bien, llega el 18 de julio, y a las once de la mañana de este día el alcalde dió orden de que se buscara inmediatamente al que modestamente os está dirigiendo la palabra. Y se me encontró en seguida, porque yo soy un hombre muy visible; no en vano di 1.752 cuando me tallaron en el ejército. (Risas.) Me encontraron en la Casa de Campo, en el taller de cantería, ramo al que tengo el honor de pertenecer. Fue a buscarme un guardia con una moto. A las once y diez de la mañana estaba yo reunido en el Ayuntamiento con el alcalde y con el concejal delegado de Vías y Obras. Y se me llamó para decirme que había una militarada—cosa que yo ya sabía—de carácter grave, que Madrid estaba en peligro y que ellos querían saber si en la Agrupación de Dependientes Municipales había trabajadores que estuviesen dispuestos a defender al Ayuntamiento de Madrid. Yo me comprometí—porque sabía quiénes eran los afiliados que entonces tenía la Agrupación de Dependientes Municipales—y pedí armas, y me las prometieron; pero primero necesitaban saber el número de hombres que estaban dispuestos a defender el Ayuntamiento. Salí, y en un taxi hice las gestiones. A las once y media estaba de vuelta en el Ayuntamiento para comunicarle al alcalde: «Tengo concentrados 500 trabajadores municipales en espera de que se les dé un fusil para venir al Ayuntamiento y dejarse matar dentro de él antes que entregar el Municipio a los militares traidores.» Y estuvo el personal todo el día esperando órdenes. Y aquel alcalde tan gordinflón, tan amante de contar anécdotas a todo el que entraba en su despacho a plantearle un problema, tan miedoso, porque hasta la cena dejaba cuando venían los aviones, no se determinó a armar a aquellos trabajadores municipales. ¿Y sabéis por qué? Porque yo le dije que como entrara armada la Agrupación de Dependientes Municipales en el Ayuntamiento se habían terminado todos los sinvergüenzas que desde hace mucho tiempo estaban deshonorando al Ayuntamiento. (Muy bien. Aplausos.)

En esta empresa se contaba sólo y exclusivamente con la Agrupación de Dependientes Municipales. Seguimos sin rival, y digo sin rival porque el mismo día 18 de julio se deshizo lo único que existía en Madrid que pudiera hacernos un poco de sombra en el Ayuntamiento, y el día 20 estaba en nuestro poder toda la documentación que podía servir para hacer la verdadera limpieza que el pueblo de Madrid necesitaba. Este fue el primer paso de la Agrupación en la guerra.

El día 20 vino el glorioso asalto al cuartel de la Montaña. Allí estuvo presente

la Agrupación de Dependientes Municipales, y allí sufrió su primera baja; fue un directivo el que cayó herido, afortunadamente, leve. Hubo que llevarle a la Casa de Socorro, y cuando volvió a Secretaría a contarme lo que había sucedido en el asalto del cuartel de la Montaña, yo le dije: «Vete a tu casa y acuéstate.» A lo que me respondió: «Yo no puedo conciliar el sueño mientras no vengue las gotas de sangre que he vertido.» Y aquel camarada, el día 22 de julio, con un fusil en la mano y dando vivas a la revolución social, cayó para siempre, ametrallado por la canalla fascista. Esta fue la primera víctima, acompañada por esos dos compañeros de Limpiezas, que también el día 22 de julio dieron su vida gloriosamente en defensa de la causa de la libertad. Y seguimos sin rival.

**HUBIMOS DE TOMAR ME-
DIDAS SEVERAS PARA
EVITAR QUE MARCHARAN
AL FRENTE LA MAYORIA
DE NUESTROS AFILIADOS**

La Agrupación, que desde el primer momento se dió perfecta cuenta de la importancia que encerraba el movimiento, se aprestó inmediatamente a organizar las cosas de manera que nunca se nos pudiera decir que por negligencia nuestra habíamos sido un obstáculo para la victoria que todos anhelamos. Y teníamos dos problemas: los frentes de batalla, donde había que mandar camaradas para cortar el avance de los facciosos, y la retaguardia, que tenía que hacer, y si-gue teniendo, tanto como en las trincheras. Y llegamos a movilizar 2.000 camaradas de 5.000 que contábamos en la organización. Y vemos que a nuestro llamamiento responde el personal municipal afiliado a nuestra organización como un solo hombre. Y hubo ramos, como el de Limpiezas, que con sus componentes, sin distinción de edades, se aprestaron para coger un fusil y marcharse a los diferentes frentes. Y, por lo tanto, a nosotros se nos creaba el problema de que Madrid corría el riesgo de no estar limpio porque los trabajadores que tenían que cuidar de su limpieza habían abandonado el servicio para irse a los frentes. Y es entonces cuando la organización movilizó a su personal de retaguardia, y tomando compañeros de otros ramos se hizo un trasiego de trabajadores para que las plazas que dejaban vacantes los compañeros de Limpiezas fuesen ocupadas por los de otros ramos, y de esta manera podemos asegurar que Madrid se limpió; Madrid se limpió de papeles y de polvo, y Madrid se regó.

Nos encontramos con otro problema: que los camaradas de Incendios vienen a la organización sindical porque también quieren irse al frente, y entonces tenemos que dictar una disposición un tanto enérgica, después de muchos razonamientos para convencer a aquellos camaradas de los perjuicios y la responsabilidad tan enorme que contraíamos si libremente los dejábamos irse a los frentes. Un bombero no se improvisa,

requiere una capacitación, requiere una preparación, y cuando estalla un movimiento como el que padecimos en aquellos instantes, sabemos por donde empieza; pero es incalculable poder pensar cuándo y cómo va a terminar. Y nosotros, teniendo esto en cuenta, hubimos de dictar una circular en la cual se les decía a los compañeros de Incendios que aquel que abandonara el servicio sin antes consultar con la organización se le declararía faccioso, porque nosotros entendimos que los compañeros de Incendios, en retaguardia, tenían una función que cumplir, y eran de una utilidad tan necesaria como el propio fusil del frente. Y si la organización llevaba o no llevaba razón, vosotros podéis decirlo cuando habéis visto cómo han actuado estos heroicos trabajadores para poder sofocar los muchos siniestros que ha provocado la traición fascista con su metralla. (Muy bien. Aplausos.)

Nos ocupamos de otro problema, camaradas.

LOS MATARIFES ORGANIZAN EL ABASTECIMIENTO DE CARNES :-: :-: :-:

A Madrid había que abastecerle; no se podía quedar sin carne. Pero, además, nosotros calculábamos que con el movimiento de milicias tenía que aumentar forzosamente el consumo, y hubimos de hacer con el personal del Matadero lo mismo que hicimos con los camaradas de Incendios. No consentimos que los matarifes abandonaran sus puestos para irse al frente, porque también entendíamos que un matarife no se improvisa, y menos de los que rayan a la altura de los que tiene el Ayuntamiento de Madrid, aunque todavía éste no haya sabido rendirles el homenaje de justicia que se merecen. Siguen en sus puestos; pero empieza a escasear el ganado para sacrificarle, y entonces se organiza un equipo con personal de este ramo para salir fuera de Madrid, en nombre del Ayuntamiento, a controlar ganado y traerle a Madrid, para que no falte carne ni a la población civil ni a las milicias. Y estos compañeros tienen que hacer equipos y salir para la parte de Toledo, Guadarrama y Córdoba, y hay que fundar unas milicias que, además de trabajar, vigilen el Matadero y lo defiendan, si preciso fuese. Todo se hace, y los equipos empiezan a trabajar, y en muchas ocasiones han tenido que estar cinco o seis horas pegados a tierra porque el ganado que habían de traerse a Madrid estaba entre la línea de fuego nuestra y la del enemigo. Y hasta que ese ganado no se ha traído a Madrid, estos camaradas no han cejado en su empeño y han cumplido con su misión.

Un poco a la ligera os voy a dar unos datos para que véais el número de reses que se han sacrificado en el Matadero de Madrid en los meses de julio, agosto, septiembre y octubre de 1936, durante los cuales la Sociedad de Tráctantes y Ganaderos no intervino—tal vez porque no le tuviera la debida cuenta—, y la importación y sacrificio de

reses en igual fecha del año anterior. Y tenemos que en el año 1935, en el mes de julio, se sacrificaron vacas, terneras y lanares 72.999 reses; en agosto, 48.892; en septiembre, 22.197; en octubre, 20.949. Total, 165.037 reses. En los mismos meses del año 1936, en julio se importaron y sacrificaron 18.277 reses de la misma clase; en agosto, 52.865; en septiembre, 64.219, y en octubre, 90.673. Total, 216.034 reses. Diferencia en más en el año 1936, 50.997 reses. Los datos son los que hablan, y es así cómo la organización tiene que marchar ante el pueblo de Madrid.

HEMOS DIGNIFICADO A LA TRABAJADORA MUNICIPAL Y SEREMOS LA SALVAGUARDIA DE ELLAS :-: :-: :-: :-: :-:

Hemos organizado equipos, hemos cooperado, mandando compañeros nuestros, a la formación de esos equipos de apeo y descombro de las fincas urbanas que sufren las consecuencias de los obuses facciosos. Es un trabajo penoso, pero se está llevando a la práctica con un entusiasmo y una lealtad tal por parte del personal, que en algún tiempo se dará cuenta el pueblo de Madrid de la importancia tan inmensa que este servicio tiene; y hemos hecho una gestión que no puede ocultarse al pueblo de Madrid: hemos incorporado a las trabajadoras municipales a la vida sindical; las hemos creado su Sección para que, desde la organización sindical, aprendan ellas y sepan cómo tienen que cumplir con sus deberes y cómo tienen que defender sus derechos. Esto hemos hecho y lo llevaremos adelante y no consentiremos que nadie se mofe de nuestra obra. Porque es vergonzoso, a los catorce meses de guerra, tenerle que decir al pueblo de Madrid que, en la mayoría de los casos, donde se habla de glorificar a la mujer, de hacer justicia a la mujer, de darla el trato de compañera, que es una hermana más, en el 95 por 100 de los casos, camaradas, a la mujer no se le mire nada más que desde el punto de vista de atracción femenina. Eso tiene que desaparecer, y nosotros, como organización sindical, no toleraremos, no podemos tolerar que las trabajadoras municipales sean el juguete de distracción de ningún funcionario municipal, sea alta, sea de estatura mediana o sea baja. Hay que desterrar eso. (Aplausos.) Queremos que las mujeres municipales, cuando se acuesten por la noche, duerman tranquilas, sin la pesadumbre que supone el que si va a trabajar y no comparte o no accede a los deseos caprichosos de un jefe o de un compañero, que tiene un bajo concepto de lo que es la moralidad, exponga el pan de sus hijos, ya que la inmensa mayoría de las trabajadoras municipales modestas son viudas de trabajadores que no les dejaron más herencia que dos, tres, cuatro o cinco hijos. Que vayan a trabajar y que sepan que la que sea alta, la que sea baja, la que sea

guapa y la que sea fea, todas tienen estabilidad en su cargo, y que, mientras cumplan con su deber no tienen que preocuparse, al salir de su casa, de si salen más o menos guapas. (Aplausos.) Hemos de decir, en honor a la verdad, que los que así pensamos en la organización sindical, que los que así nos conducimos, ha sido porque a su debido tiempo tuvimos hombres con conciencia, que nos supieron educar, porque dentro de la organización sindical de municipales hay hombres viejos que supieron a su debido tiempo darse perfecta cuenta de lo que suponía el porvenir para los trabajadores municipales, y, aun a cambio de muchos disgustos y de muchos sinsabores, consiguieron hacer de los trabajadores municipales unos hombres de conciencia sindical. Y yo quiero decirle al pueblo de Madrid que Secciones como Obras sanitarias, que trabajadores como los de Limpiezas, a quienes se les ha tenido siempre conceptuados como el último mono de la pandilla, como unos hombres sin conciencia, así como si la profesión de limpiar las calles de Madrid fuese alguna canongía o alguna cosa de privilegio para los que la ejecutan, que precisamente de los trabajadores de la Sección de Limpiezas y de la Sección de Obras sanitarias salieron aquellos hombres que forjaron una organización que, a los catorce meses de lucha, puede presentarse ante el pueblo de Madrid y decirle cuál ha sido su misión en el frente contra el fascismo invasor y cuál ha sido su misión para velar y proteger los intereses del pueblo de Madrid. (Aplausos.)

Nos hemos ocupado también de la cosa económica y hemos recaudado entre nuestros afiliados cerca de un millón de pesetas, de las que llevamos gastadas en donativos 600.000, y aún tenemos un fondo de reserva, para con él llevarles un homenaje modesto, pero cariñoso, a aquellos compañeros que están en las trincheras defendiendo la libertad de todos.

Así, someramente, os he dado cuenta de las gestiones; hemos ido trabajando y hemos llegado al problema más difícil que se le ha presentado a la Agrupación de Dependientes Municipales desde que existe como tal organización sindical; hemos llegado a esa famosa Comisión depuradora de plantillas del personal. Yo tengo que hablaros de esto, camaradas, y en estos momentos más. Y por un momento voy a quitarme la investidura de presidente de la Agrupación de Dependientes municipales para que, sólo y exclusivamente con mi responsabilidad de hombre antifascista, os diga la verdad de todo cuanto ocurre dentro de la Comisión depuradora.

Los hombres que tenemos conciencia sindical, los hombres que en estos momentos sentimos la guerra, vivimos para la guerra y pensamos en hacer una revolución, no tenemos más remedio, aunque sea muy duro decirlo, que hacer la guerra a nuestros enemigos con las mismas armas y con los mismos procedimientos que ellos emplean contra nosotros.

Y por el Ayuntamiento anterior se acordó nombrar una Comisión depuradora para, de esta manera, cumplimentar una disposición del Gobierno de la República en aquel decreto que dispone que sean declarados cesantes todos aquellos funcionarios que hubieran tomado parte activa en el movimiento o que fuesen notoriamente desafectos al régimen.

NUESTRA ACTITUD EN LA COMISION DEPURADORA Y NUESTRO COMPORTAMIENTO CON LA C. N. T.

Y luego hay otra disposición aclaratoria, ya que en las primeras no se incluía al personal de la Administración local. Y hay un decreto del alcalde, aprobado en sesión, que dice que quedarán cesantes todos aquellos funcionarios que hubiesen tomado parte en el movimiento subversivo, o fuesen notoriamente desafectos al régimen u otras causas. Y nosotros vamos a la Comisión depuradora dispuestos a dejar cesantes a los que tomaron parte en el movimiento, a los que son notoriamente desafectos al régimen y a los que están incursos en otras causas. ¿Y qué causas pueden ser éstas, camaradas? Pues yo entiendo que para ser republicano, para ser anarquista, para ser comunista o para ser socialista lo primero que necesita un hombre es ser honrado, porque el que no es honrado no puede ser ni republicano, ni anarquista, ni comunista, ni socialista. (Muy bien. Aplausos.)

Y empezamos por recibir un acuerdo del Ayuntamiento en el que se nos dice que la Comisión depuradora estará compuesta por cuatro consejeros y cuatro miembros de la Agrupación de Dependientes Municipales. Y se recibe en el Ayuntamiento una carta de un puñado de trabajadores, afiliados a la C. N. T., solicitando que se les dé parte en aquella Comisión depuradora, porque ellos son también trabajadores organizados y trabajadores antifascistas que luchan por una causa justa; nosotros le planteamos el problema al Ayuntamiento, y le dijimos con esa nobleza que nos caracteriza a los hombres que hemos recibido nuestros principios sindicales al calor de la U. G. T.: «Estos camaradas llevan razón; se está luchando en el campo de batalla, y cuando allí caen los hombres en defensa del régimen no se preguntan si son comunistas, republicanos o anarquistas. Y si ellos en el frente nos dan este ejemplo, nosotros en la retaguardia debemos estimularles y debemos seguir aquella ruta que los hombres, con el fusil en la mano, desde las trincheras, nos están trazando.

Y con estos razonamientos, es la Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid la que abre las puertas del Ayuntamiento para dar entrada a dos compañeros de la C. N. T. No lo hacíamos nada más que guiados de justicia, de solidaridad, de compañerismo hacia aquellos camaradas; no por otra cosa, porque nosotros nos bastábamos y nos sobrábamos para hacer la depuración del per-

sonal del Ayuntamiento. Pero con eso dimos una prueba de esa unidad de que tanto se habla y escribe y tan poco se practica por ninguna parte. Y se formó la Comisión depuradora, y discutimos cómo había de comenzar el trabajo tan abrumador que suponía el revisar 10.357 papeletas que es la plantilla, sobre poco más o menos, de que consta el Ayuntamiento. Y ateniéndonos al decreto, que era el que nos decía con qué facultades podíamos actuar, establecimos unas bases para clasificar las sanciones que debían imponerse a los trabajadores municipales con arreglo al delito que hubieran cometido, porque todos sabemos que todos los delitos no son igual, y, por lo tanto, no se les podía aplicar la misma sanción; y eso es justicia proletaria: colocar a cada uno en el sitio que le corresponde. Y elaboramos unas bases, y hubimos de recurrir a hombres de solvencia dentro del campo antifascista para que acudieran a aquella Comisión depuradora y la asesoraran, diciéndoles, como antifascistas, cuáles eran los funcionarios que eran fascistas, quiénes eran menos fascistas y quiénes eran los que no se habían mezclado nunca en nada. Se hizo una clasificación, y se dieron los escalafones a los distintos ramos e ilustraron. Y nosotros, discutiendo caso por caso en la Comisión depuradora, llegando a elaborar un dictamen, y en él proponíamos mil doscientas y pico de cesantías, que a nosotros nos parecían pocas si nos parábamos a profundizar en la sanción que merecían el 90 por 100 de los funcionarios municipales; pero que dados los momentos por que atravesábamos, y estando el proletariado armado, no debíamos hacer uso de una energía que tal vez pudiera pasar como un poco exagerada, en atención a que los hombres que íbamos a sancionar eran hombres indefensos, hombres que, moralmente, ya estaban caídos. Establecimos una serie de sanciones: jubilaciones; suspensiones de empleo y sueldo por uno, dos o tres meses; traslados; destituciones de jefaturas, con el fin de que en el Ayuntamiento, cuando un consejero fuese a un Negociado a pedir un expediente y cuando dieran una orden para que se cumpliera, tuvieran la seguridad de que en aquel Negociado, en aquellas mesas, había unos hombres antifascistas a quienes de todo corazón se les podía confiar una misión, por muy delicada que fuera, y no que estuvieran allí unos hombres emboscados—porque no han tenido la gallardía suficiente para decir quiénes eran, engañando así al pueblo de Madrid—que con una habilidad y una rastroería muy peculiar en ellos pudieran boicotear la labor que iban a hacer unos hombres que representaban a los trabajadores.

Esa era nuestra intención; se ha interpretado mal, y yo os voy a decir las causas: Se elaboró el dictamen, y, a lo largo de él, fuimos completamente de acuerdo concejales cenetistas y ugetistas. No hubo ni un solo desacuerdo, porque todos los que se tomaron en Comisión depuradora lo fueron por unanimidad. Y quiso el Ayuntamiento anterior

dar largas al dictamen. Pesaba mucho más que el plomo; mucho más que el plomo pesaba el dictamen, y no había arrestos para llevar al salón de sesiones el cumplimiento de lo que antes se dijera a la organización sindical que había intervenido en la elaboración del dictamen.

Y así llegó el 7 de noviembre, y no voy a decir lo que pasó, porque estoy seguro de que si os lo dijera no me ibais a dejar terminar con vuestros aplausos; pero como no los busco, porque no soy artista de teatro, me limitaré a dar por bueno lo que todos sepáis, y si quiero decir que el 7 de noviembre la Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid se personó en el Ayuntamiento cuando tuvo conocimiento del peligro, a ponerse a disposición de la Alcaldía y del gobernador civil para todo aquello que necesitara de nuestra organización, porque nosotros, en aquel momento, hombres disciplinados, no podíamos crearle conflictos ni al Ayuntamiento ni al gobernador civil de Madrid, y allí iba la representación de 7.000 afiliados a ponerse a su disposición.

Y hubo necesidad de volver a actuar en Comisión depuradora; con los concejales que quedaron hubo que constituir una nueva Comisión, y a ella vinieron concejales nuevos. A ella vino, entre otros, para juzgar a los facistas el señor Sánchez Guerra, y comenzamos a laborar. El Sr. Sánchez Guerra venía un poco remiso; no había tratado nunca a los trabajadores de cerca. El tenía formado un concepto de nosotros muy distinto al que los trabajadores se merecen, como lo demuestran con sus hechos. Pero cuando conoció cuál era el espíritu de justicia que a nosotros nos guiaba, se sintió satisfecho de que por primera vez en su vida se había sentado entre trabajadores para elaborar un trabajo en beneficio del pueblo de Madrid.

Terminamos con aquel dictamen, y desechamos todas cuantas recomendaciones venían de arriba, de en medio y de abajo, porque yo, cuando voy a cumplimentar órdenes de mi organización, no reconozco recomendaciones de nadie. Y se terminó el dictamen. Yo hice infinidad de gestiones cerca del alcalde para que aquel dictamen fuese a sesión, porque era obligación de aquellos concejales el hacerlo, y no lo conseguí. No lo conseguí, porque yo llegué a provocar una reunión extraordinaria, citando a todos los componentes de la Comisión de Gobernación para que asistieran a esa reunión extraordinaria, con objeto de tratar sólo y exclusivamente del dictamen de la Comisión depuradora. Y el día que esto se hizo fué el día que menos concejales concurrieron al Ayuntamiento.

MIENTRAS LA U. G. T. CUMPLIO GUARDANDO EN SECRETO LO DE COMISION DEPURADORA, HUBO QUIEN LO UTILIZO COMO ARMA DE PROPAGANDA

Pero hubo que volverse a reunir en Comisión depuradora, camaradas, para dar unos retoques que se nos dijo que falta-

ban, y acudimos. Y entonces es cuando los representantes de la organización de la U. G. T. nos dimos perfecta cuenta de la maniobra que se estaba llevando a la práctica, porque el dictamen no prosperó. No prosperó, ¿sabéis por qué? Porque los hombres que intervinimos en la confección de este dictamen no nos conducimos todos con la nobleza y con la honradez a que está obligado a conducirse todo trabajador que se diga revolucionario, y mientras la U. G. T., accediendo y cumpliendo uno de los acuerdos de Comisión depuradora de guardar secreto hasta que fuese aprobado el dictamen por el Ayuntamiento, no dábamos cuenta en nuestra organización de los trabajos efectuados, hubo quien tomó el dictamen de la Comisión depuradora como arma de propaganda, ofreciendo la defensa y la continuación en el Ayuntamiento a cambio de un carnet que, aunque esté muy nuevo, por el solo hecho de meterse en el bolsillo elementos reaccionarios, queda sumamente manchado. Yo no tengo que repudiar, yo no tengo que valirme del insulto para con los compañeros de la C. N. T., porque los quiero, los respeto y los admiro; porque sé que defienden un ideal que no es el mío, porque yo pienso de distinta manera; pero ellos tienen un ideal que va en beneficio de la clase trabajadora, que va en beneficio de la Humanidad. Y al hombre que tiene un ideal, que forzosamente tiene que ser democrático, para que sea en beneficio de la clase trabajadora, hay que respetarle. Y se le podrá combatir porque entendamos que su táctica es equivocada; pero lo que no se le puede hacer es injuriar y calumniar, aunque algunas veces sea muy amargo el tener que decir la verdad desnuda. Y aquí, viene el declive del dictamen, camaradas; surgen los inconvenientes. Quien nunca estuvo en una organización sindical, quien nunca estuvo en un partido político, en ese momento de gravedad, cuando ve que se le acerca el momento de acabar con el privilegio que supone estar cobrando del Ayuntamiento de Madrid un sueldo que no le corresponde, ni por su capacidad ni por su buena voluntad en el trabajo, es cuando se refugia en una organización para pretender pasar ante el pueblo como antifascista. Esto nos ha costado, camaradas, el que desde un sector de cierta prensa se injurie a la organización que con nobleza, y sin mirar ni preocuparse por la responsabilidad de la obra que iba a ejecutar, y sólo pensando en un espíritu de justicia, se lanza noblemente a elaborar un trabajo con el solo propósito de beneficiar y de hacer justicia a la causa que todos defendemos.

Es que hay dos frentes: el de las trincheras y el de la retaguardia, y los hombres que tengamos sentido revolucionario debemos poner a contribución de nuestro ideal lo más que puede poner un hombre, que es la vida, y si honroso es caer en el frente, batliéndose de cara al enemigo, también es honroso caer en la retaguardia, donde el enemigo no se ve; pero sabemos que está en todas partes, esperando el momento en que pueda dar

la puñalada por la espalda. (Grandes aplausos.) Nosotros, a su debido tiempo, pudimos observar (esto lo digo porque es justo decirlo) que a algunos camaradas, que luego nos demostraron todo lo contrario el día 7 de noviembre, les costaba poco trabajo darle gusto a la lengua, como vulgarmente se dice, para señalar a hombres que, según sus razonamientos, eran impropios de seguir al frente del Ayuntamiento de Madrid. Y nosotros, los hombres de la U. G. T., en previsión de que surgieran cosas de tipo personal o de venganza personal, presentamos a la Comisión depuradora una proposición, que fué aprobada por unanimidad, y en la que se decía lo siguiente: «Una vez aprobado el dictamen por el Ayuntamiento de Madrid, la Comisión depuradora sigue funcionando con carácter permanente, y el Ayuntamiento concederá quince días, un mes, dos meses, tres meses, el tiempo que crea conveniente para que todos los incursos en el expediente, documentalmente, demuestren a la Comisión depuradora que se ha cometido con ellos una injusticia, y que son merecedores de continuar en el servicio municipal.» De esta manera poníamos a salvo los perjuicios que yo antes os señalaba.

Y llegamos al nuevo Consejo municipal. El nuevo Consejo municipal, que es y debe ser en todo momento la representación genuina del antifascismo madrileño; que es un Ayuntamiento popular, representante de todas las fuerzas antifascistas de Madrid. (El orador se dirige a los palcos donde se encuentran algunos consejeros del Ayuntamiento.) Pero tenéis la obligación, con vuestros actos, de responder al anhelo del pueblo, que es quien os ha dado esos cargos, porque sin el pueblo vosotros no seríais consejeros.

Y se constituye la Comisión depuradora nuevamente, a la que se lleva otra vez nuestro dictamen. Más que asesores de la Comisión parecemos nuevos ministros con nuestras carteras. En ella defendemos nuestra tesis y decimos que el dictamen debe aprobarse en la forma propuesta, puesto que los temores de que se cometa alguna injusticia o alguna equivocación están puestos a salvo con la proposición que yo antes os he expuesto. Allí se discute y desde el primer momento se ve la misión específica que se lleva a Comisión depuradora. Y yo tengo que lamentar un error padecido por todos los consejeros que pertenecen a la Comisión depuradora. Se discute y se vota un dictamen que no habéis estudiado con detenimiento, porque si ese dictamen se estudia con detenimiento yo tengo la completa seguridad de que se aprueba en Comisión de Gobernación y de que, a estas fechas no hay ningún fascista emboscado en el Ayuntamiento.

NOS HEMOS RETIRADO DE COMISION DE PURADORA PORQUE NOSOTROS NO SOMOS COMPLICES DE HECHOS QUE EN ELLA OCURREN :-: :-: :-: :-: :-:

El dictamen tiene muchas enseñanzas, camaradas. Tiene una serie no de considerandos, porque los que lo confeccionamos o ayudamos a confeccionarle no somos jurisconsultos, sino obreros manuales; pero tiene una serie de bases, nacidas de la práctica y de las enseñanzas que hemos recibido, por los muchos defectos que hemos observado en el desenvolvimiento de la vida municipal, que si las sabéis aprovechar, porque aún es tiempo, podréis hacer una gran labor en beneficio del pueblo de Madrid. Y el dictamen se aprobó y no se aprobó; terminando por no aprobarse. (Risas.)

Empezamos a funcionar o a actuar en serie y, de primeras, se desvirtuó el dictamen como una cosa inservible que no valía para nada; pero a lo largo de la actuación los que más impugnaban el dictamen han caído en la candidez de hacer proposiciones que anteriormente estaban reflejadas en él. ¿Y vosotros creéis que cuando una organización quiere justicia, nada más que justicia, que no quiere ensañarse con nadie, que no quiere nada más que hacer una labor que guarde relación directa con la que están realizando los centenares de compañeros que tiene en el frente, vosotros creéis que es posible hacer la labor que el pueblo de Madrid necesita, cuando enfrente se ponen camaradas y, en todo momento, no tienen más misión que obstruir y desacreditar la labor que nosotros perseguimos? Así no se puede hacer labor. Es necesario que lo que decimos en las columnas de los periódicos, cuando vayamos a ponerlo en práctica, lo demostremos con nuestros actos, así como que somos dignos de escribir en la prensa; y si es que tenemos intereses que servir, hay que tener la gallardía de decir públicamente el por qué se defiende a determinados elementos que no debieron permanecer en el Ayuntamiento de Madrid desde el momento en que se implantó la República. Y hemos llegado a la conclusión, camaradas, después de ver cómo se tiraban por tierra, injustamente, los deseos de una organización de treinta años de vida sindical; hemos tenido que llegar a la conclusión de retirarnos de la Comisión depuradora, y nos hemos retirado con la frente muy alta, porque nosotros no somos cómplices, ni podemos serlo, de hechos que en aquélla ocurren y que dicen muy poco en beneficio de la representación revolucionaria que llevan los consejeros que componen la Comisión. No; no se puede defender al de arriba, echando en el asador todos los arrestos de que un hombre es capaz, para luego sancionar al desgraciado, que no tiene quien lo defienda. Eso no lo hace la Agrupación de Dependientes Municipales; suceda lo

que suceda y pase lo que pase nosotros sancionamos al de arriba y de arriba para abajo a todo el que merezca ser expulsado del Ayuntamiento, y no nos colocamos en el terreno de tener benevolencia con los de arriba y emplear energía con los de abajo, porque eso no va con nuestra conducta ni con nuestra manera de pensar. (Aplausos.)

Cuarenta y ocho horas nada más, camaradas, faltan para que en una asamblea que va a celebrar la Agrupación de Dependientes Municipales se diga la última palabra, puesto que ella es la soberana. Nosotros no haremos más que cumplimentar los mandatos de nuestra organización sindical.

Algo tarde es, y voy a terminar, aunque muchas cosas más podría decir; pero no quiero cansaros, pues ya es hora de que vayamos a nuestras casas y de que no estéis oyendo la tabarra que seguramente yo os estoy dando. (Voces: No, no; todo lo contrario.)

115 COMPANEROS MUERTOS, 350 HERIDOS, 80 MADRES SIN HIJOS, 70 VIUDAS Y 387 HUÉRFANOS SON EL PRESTIGIO DE NUESTRA ORGANIZACIÓN

Nosotros no queremos que el pueblo de Madrid nos diga nunca que por negligencia, por cobardía o por falta de preparación no supimos hacer la labor de saneamiento que el Ayuntamiento necesitaba para que los intereses de este pueblo heroico estuviesen en todo momento en manos de hombres sumamente antifascistas y, por lo tanto, amantes de verdad de la causa de la libertad.

Nosotros, en el día de hoy, hemos venido a decirnos unas pocas cosas de las muchas que todavía nos quedan por decir. Y venimos a decirnos que nosotros hemos dado la pauta a su debido tiempo para que se llevara a efecto lo que ha sido aspiración de nuestra organización durante muchos años.

Nosotros hemos adquirido en el transcurso de la guerra un prestigio moral que no hay quien nos lo pueda discutir, y no hay quien nos lo pueda discutir porque nosotros hemos repudiado toda nuestra vida, y lo seguimos repudiando, los diálogos o los duelos periodísticos. Sin dar escándalos, trabajando en silencio y con modestia, podemos presentaros en el día de hoy, y hasta hoy, una estadística de 115 trabajadores municipales que se han quedado en las trincheras defendiendo al pueblo de Madrid.

¡Ciento quince trabajadores muertos! ¡Ochenta y tantas madres sin hijos! ¡Setenta viudas y trescientos ochenta y siete huérfanos! Y cuando una organización que en los momentos decisivos por que ha pasado la clase trabajadora española da al frente de batalla 2.000 hombres, y cuando todavía no se sabe cuándo va a terminar la guerra cuenta en sus estadísticas con 115 muertos, con 350 heridos, con esas madres, con esas viudas y con esos huérfanos, por eso tiene que levantarse iracunda, para decirle al pueblo de Madrid: Nosotros, desde la retaguardia, queremos limpiar de enemigos. Ten presente, en memoria de nuestros muertos, de nuestras viudas y de nuestros huérfanos, que si el Ayuntamiento de Madrid no se limpia de enemigos, no culpes nunca a la Agrupación

guardia, queremos limpiar de enemigos. Ten presente, en memoria de nuestros muertos, de nuestras viudas y de nuestros huérfanos, que si el Ayuntamiento de Madrid no se limpia de enemigos, no culpes nunca a la Agrupación

Palabras finales del presidente del acto, José Magadán

Camaradas: Me vais a perdonar que no os haga el resumen de todo lo expuesto por los compañeros que han hecho uso de la palabra, ya que los camaradas de la limpieza de este teatro nos ruegan que

de Dependientes Municipales, que en todo momento fué a hacer justicia y a librarte de las garras de una casta que todavía ha de costar mucho trabajo sacarla del Ayuntamiento. (Muy bien. Prolongados aplausos.)

por lo avanzado de la hora vayamos desalojando el local.

Termino pidiendo que gritéis todos: ¡Viva el Gobierno del Frente popular! ¡Viva! ¡Viva la unión antifascista! ¡Viva! ¡Viva el Ejército popular! ¡Viva!

Asamblea extraordinaria celebrada por la Agrupación los días 14 y 18 de septiembre último en el salón teatro de la Casa del Pueblo

Entre las principales conclusiones aprobada por la Agrupación en la asamblea celebrada los días 14 y 18 figura la de elevar al Consejo Municipal de la capital de la República las siguientes conclusiones:

Primera. Ver con disgusto la pasividad con que se lleva la depuración de plantillas del personal, que no está a tono con las exigencias que nos imponen los momentos actuales.

Segunda. Estar en un todo conformes con la confección del dictamen emitido por la anterior Comisión depuradora, y que en el término de quince días sea puesto en práctica por ese Consejo Municipal, aprobándolo en sesión pública.

Tercera. Que la depuración se haga de arriba abajo.

Cuarta. Que todos los funcionarios incursos en el dictamen de depuración de plantillas del personal sean declarados cesantes en bloque, pudiendo pedir su readmisión por escrito, y que las solicitudes sean revisadas con todo detenimiento por la Comisión depuradora.

Quinta. Que todas las Jefaturas y puestos de responsabilidad estén desempeñadas por funcionarios leales y capaces; pero siempre anteponiendo a cualquier otra condición la de su lealtad al régimen legalmente constituido con anterioridad al 18 de julio de 1936.

Sexta. Que la promoción a estos cargos de responsabilidad se haga con la misma valentía y espíritu democrático que se ha hecho en el Ejército popular.

Séptima. Que los funcionarios incursos en el dictamen de depuración que demuestren que no son hombres indiferentes ni de derechas, sino todo lo contrario, hombres de izquierdas que por error involuntario hayan sido incluidos en el dictamen, no sufran inhabilitación alguna, mientras que los indiferentes y los que aun siendo de derechas no merezcan la sanción de cesantía, quedarán inhabilitados para ejercer cualquier cargo de dirección y responsabilidad.

Octava. Que los representantes sindicales en la Comisión depuradora tengan derecho a voz y voto, como lo tuvieron en la anterior Comisión.

El presidente hace historia detallada de la situación de los combatientes con el Ayuntamiento anterior y actual, y da lectura del siguiente documento:

Agrupación de Dependientes Municipales de Madrid

(U. S. T.)

Reunido el Comité central de esta Agrupación, y estudiada con todo detenimiento la carta del alcalde-presidente, en contestación a nuestros escritos fecha 10 y 14 de los corrientes, acuerda elevar a ese popular Ayuntamiento la siguiente propuesta:

Con todo el cariño que nos merece los intereses del pueblo de Madrid, que son los nuestros mismos, hemos estudiado la situación económica del Ayuntamiento, y declaramos con toda sinceridad que es necesario hacer las economías pertinentes para que pueda hacerse frente a la situación en que nos ha colocado los doce meses de guerra contra el fascismo invasor. Como obreros organizados, como servidores del pueblo de Madrid y vecinos del mismo, nos creemos obligados a dar normas a los representantes del Consejo Municipal de Madrid, para que con la urgencia que las circunstancias requieren sea llevada a la práctica una política de tipo economista tal, que permita el mejor desenvolvimiento de ese Consejo municipal, reflejando claramente quiénes son los que de una manera clara y terminante se sacrifican por el pueblo madrileño y quiénes se parapetan a través de sus cargos y conducta, sin que aparezca por parte alguna el sacrificio y la abnegación que este heroico pueblo necesita y merece.

En diciembre de 1936, esta organización pidió al Excmo. Ayuntamiento, previo escrito presentado, que, dada la situación económica del mismo y las características que en el desarrollo de la guerra concurrían, se fijara un tipo máximo de sueldo que no rebasara de las 8.000 pesetas, para, con sus economías, poder mejorar los sueldos y jornales bajos, sin que esta mejora gravara el presupuesto municipal; teniendo en cuenta la abundancia de sueldos y jornales inferiores a 10 pesetas, que hacían imposible la vida, dada la elevación de las subsistencias, a las modestas familias que lo venían disfrutando.

Alguien ha debido darse cuenta de la imposibilidad de hacer frente a la situación con jornales tan mezquinos, y dentro de los diversos cuerpos del Ejército que están defendiendo la liberación de nuestro suelo se han puesto en vigor normas para hacer más factible el desenvolvimiento económico de las familias de los combatientes, y tenemos casos, como el del Cuerpo de Tren, que asigna a los trabajadores que desempeñan su función 15 pesetas de jornal y 2,50 pesetas de gratificación diarias; el del Batallón de Etapas, que tiene la misión de controlar el tránsito de carreteras, asignando a cada miliciano 15 pesetas diarias; los guardias de asalto, que perciben 300 pesetas mensuales y una gratificación de 7,50 pesetas diarias por plus de guerra.

Cuando esto ocurre en estos organismos, que son ni más ni menos que una parte integrante del conglomerado que pasa a ser el Ejército popular, que con tanta abnegación y heroísmo defiende la libertad de nuestra patria, entendemos que no es el momento oportuno de perjudicar económicamente a un puñado de trabajadores municipales que lo están dando todo en la lucha que sostenemos contra el fascismo invasor. Háganse las economías que puedan hacerse, sin que nuestra organización regatee sacrificios para aquellos funcionarios de retaguardia que, aunque estén rindiendo una labor, en muchos casos está en relación indirecta con los elevados sueldos que perciben, no habiéndose asomado todavía a las puertas del heroísmo para solicitar su alistamiento en los cuadros de nuestros heroicos combatientes.

Hágase la depuración de plantillas del personal con la rapidez y energía que las circunstancias presentes requieren, y haremos economizado al Ayuntamiento muchos miles de pesetas, a la par que eliminamos estorbos que nada práctico hacen en favor de la causa que los demás defendemos.

Tenga en cuenta el Consejo que Empresas particulares conceden gratificaciones a sus funcionarios movilizados para que sus familiares puedan desenvolverse lo mejor posible dentro de la situación en que vivimos.

Téngase en cuenta que cuando se vive un momento como el que atraviesa España, y en este caso concreto, el pueblo madrileño, los obstáculos que se opongan para la realización inmediata del saneamiento económico-político que las

necesidades de la guerra imponen, deben apartarse inmediatamente, y si el obstáculo es de gran altura, empiécese por demolerlo desde la cúspide hasta su base, no incurriendo en los mismos defectos que Ayuntamientos anteriores, por todos censurados, que para dar la sensación de justicia comenzaban el derribo por la cimentación; modo de ordenar la labor algo peligroso.

Por todo lo expuesto, solicitamos de ese Ayuntamiento que todos los funcionarios municipales que prestan un servicio de guerra con la categoría de cabos y soldados se les abonen sus sueldos o jornales en concepto de gratificación mientras duren las actuales circunstancias; bien entendido que consideramos servicio de guerra los prestados en las

Brigadas de choque, Sanidad Militar, Cruz Roja y Prácticos del subsuelo.

En espera de que tengáis en cuenta los muchos motivos que nos obligan a presentar el presente escrito, nos reiteramos una vez más vuestros y de la causa de los trabajadores.»

Este escrito fué denegado por unanimidad en la Comisión de Gobernación del Ayuntamiento.

El Comité central somete a la consideración de la asamblea proponer al Ayuntamiento la creación del subsidio de guerra al funcionario que se encuentra en las trincheras, y que este subsidio sea el del 60 por 100 del jornal o haber municipal; proposición que fué aprobada por unanimidad.

Saber vivir y saber luchar

Cuando los combatientes permanecen largo tiempo en las trincheras o punto que el mando designa, es verdaderamente cierto que se está alejado, al mismo tiempo que de la familia, de la vida interna de las organizaciones o partidos. En ellas, o como consecuencia de éstas, se han venido desarrollando fieros leones en la lucha antifascista, que estudiada su vida desde el comienzo de la guerra no han sido sino minúsculos ratoncillos alertas siempre a la caza de cargos bien retribuidos y exentos de todo peligro en la cruda guerra.

Quien desde el comienzo de la lucha, en cumplimiento de sus deberes antifascistas, se propuso y cumplió colocándose como un miliciano más en las fuerzas de resistencia o choque—algunos desgraciadamente sucumbieron, ahorrándose el ver algunos espectáculos que le producirían al mismo tiempo que rabia vergüenza—, tienen que sentirse un poco decepcionados cuando el proceder de militantes socialistas deja tanto que desear.

La guerra es la obsesión nuestra, ésta es la realidad; pero, ¿seguimos o hemos seguido todos el camino necesario para triunfar? No. Díganse a esos coros de comparsas que al calor de algunos timoratos que el 7 de noviembre abandonaron Madrid, mientras sus defensores luchaban en los Carabancheles, perdiendo y ofreciendo su vida, se encuentran en ya larga campaña no han sido capaces de ofrecer el más mínimo sacrificio a la causa, ni conocen el más pequeño detalle de la guerra al desnudo.

Los trabajadores que luchan con afán y sin descanso no perderán de vista a los que se comporten como excelentes vividores de la guerra, y habrá que recordarles que su lugar no es el de un antifascista, porque para ostentar

hay que hacerlo con dignidad, como otros muchos, y al no ser así puede considerársele como una sanguiuela para el Estado.

Los hombres que merecidamente ocu-

pan cargos de responsabilidad en el Ejército popular hay que ayudarles y reconocerles; pero a todos los mangan-tes, que son muchos los que se encuentran merodeando por las capitales

que no saben lo que es sufrir sed, hacer una sola comida al día, aunque hubiere de sobra, dormir con media manta arriba y media abajo en pleno invierno y escuchar el gemido de un compañero herido por la metralla fascista a su lado, hay que alejarle de la vida activa de estos menesteres, porque sólo son unos roedores de la Hacienda pública.

Tomen buena nota los trabajadores del Municipio, por si hubiera alguno de los que se sacrifican de esta forma, y sobre todo no se olviden de los que, en virtud de su simpatía, les dieron no sólo la ocasión

cobrar una nómina curiosa y seguir sacrificándose alejados de todos los peligros de la guerra; que los obreros municipales y muy especialmente los que militan en el Partido Socialista con un número que justifica no ser un advenedizo ni en los momentos de la guerra ni en los finales de la odiosa monarquía, se vayan enterando dónde se encuentran los roedores de las arcas del Estado, como justificante antifascista único que podrán presentar el día de mañana. Ese oportunismo, ese comportamiento propio de vivos, pero que no justifica la razón poderosísima por que luchamos, no hace ningún honor a los camaradas que llenos de entusiasmo y fe en la victoria sufren la separación de los seres más queridos y pierden la vida generosamente por un ideal.

¡Cuidado, camaradas, que lo que ha de ser más justo en comparación con lo anterior pueda resultar todo lo contrario por mirar más al amigo o al pariente que a la guerra misma, y nos encontremos los trabajadores con casos más odiosos que en la época que tratamos de eliminar!

Antonio DEL MORAL

Frente Sur del Tajo, 1937.

Gráfica Socialista: Trafalgar, 31. Tel. 33481